

POR LOS CAMINOS DEL DESIERTO

LA HISTORIA DE
LEANDRO AYMANI



DIEGO MELERO P.
DIEGO SALAZAR S.
DIEGO BRIONES M.



Índice

INTRODUCCIÓN ----- 5

TODO COMENZÓ EN ARCAS ----- 13

Los paisajes invictos del Alto Loa	14
La familia Aymani	18
“El lugar más lindo es Chitigua”: La vida cotidiana en Arcas	24
Huir al mundo para aprender a vivir	42

Y EL MUNDO ERA EL ABRA ----- 47

Una historia minera de miles de años	49
Minería colonial	54
Los vaivenes de la minería en el siglo XIX	58
La industrialización de la minería en El Abra	59
Auge minero en El Abra (1906 - 1916)	62
Empresas internacionales y yacimientos abandonados (1916 -1970)	64
La Mina Ojo de Gallo	65
Don Leandro en El Abra	67

SIEMPRE SE VUELVE A CONCHI VIEJO ----- 73

La historia de Conchi Viejo	75
Vivir en la soledad de Conchi Viejo	82
Esa antigua tradición del pastoreo	90
Observando el mundo desde el silencio de Conchi Viejo	96

EPÍLOGO ----- 103



Introducción



Cuentan los antiguos habitantes del sector, que en la Sierra Morena al oeste del cerro Caraperote, cuyo nombre es de origen desconocido, existe un lugar llamado el Encanto en que está el Valle del Buen Tiempo, en el cual no hay moradores humanos permanentes. Su entrada es por una quebrada donde hay higueras plantadas, pero los que buscan su acceso no lo encuentran ya que en realidad es un lugar mágico al que llegan por azar personas desorientadas que de pronto se han encontrado en medio de él, sin poder volver a hallarlo una vez que salieron. La historia cuenta que en ese lugar hay abundancia de frutas frescas de todo tipo, pastos, agua, flores diversas. Y en la memoria oral de los habitantes, siempre aparecen referencias de alguien que conoció a alguna persona que tuvo contacto con alguien que comió fruta sacada de allá, o que trajo flores en su solapa o que estuvo en una casa del valle bendito. Todo lo que el desierto niega, abunda en ese lugar paradisíaco llamado el Valle del Buen Tiempo.

En el año 1999 realizamos nuestra primera evaluación de impacto ambiental y rescate de un sitio arqueológico que estaba dentro del terreno de la SCM El Abra. Se trataba de un sitio ubicado en la quebrada Ichuno, que se vería afectado por la expansión de la faena minera ubicada en el Alto Loa, sector San José del Abra.

Para abordar este trabajo, nuestro equipo realizó varias campañas de prospección y excavación arqueológica, constituyendo nuestro primer acercamiento a la rica prehistoria e historia de la minería en este sector del norte de Chile. El sitio más importante se conocía como Ichunito y estaba compuesto por algunas estructuras de piedra y una fuente de agua que había sido arreglada con piedras canteadas para que los animales no la taparan cuando se acercaran al abrevadero. Según la evidencia arqueológica y análisis realizados por el equipo, el sitio había sido ocupado desde tiempos prehistóricos (400 A.C.) hasta mediados del siglo XX, primero por habitantes indígenas y luego por la población mestiza y los pirquineros.

Dentro del proyecto de investigación asociado al rescate se consideraba el trabajo etnohistórico y etnográfico como alternativa de acceso a fuentes de información para comprender la ocupación de este sitio que correspondía a un patrón de estancias propio del mundo indígena del Alto Loa que, con variaciones y matices, se ha mantenido vivo hasta el presente en los pastores y pobladores de la zona.



► Don Leandro Aymani Apaza.

En el contexto de esa línea de investigación, nos informaron que en el pueblo de Conchi Viejo quedaba un último habitante llamado Leandro Aymani y que él tenía una larga historia como trabajador y residente en la zona por lo que sus conocimientos y experiencias podían ser relevantes para nuestro estudio.

Una tarde pasamos por el pueblo para conocer a don Leandro y lo invitamos a venir con nosotros al sitio Ichunito. Nos recibió con amabilidad y apertura y se mostró especialmente interesado en poder recorrer nuevamente esos lugares. Un par de días después se concretó esa visita. Cuando llegamos al sitio, don Leandro se bajó y dijo que estaba igual a como él lo había visto la última vez, hacía más de 10 años. Con sorpresa nosotros le preguntamos si él había estado antes aquí y nos dijo que sí, que desde chico él venía desde un lugar llamado Chitigua, donde vivía su familia, y alojaban en este sitio antes de llegar a El Abra a “cambalachear” productos.

“Todo, todo está igual. Esto es muy antiguo. En ese corralito es que alojaban cuando iban a Chuqui. Nosotros también hemos alojado ahí. Esa casita también es antigua, del tiempo de la gente ya pero tiene más de cien años. Decía mi padre que él la conoció así, y mi padre murió de más de cien años. Y la otra ha sido para cazar, esa no es casa. Esa redondita no es para dormir. Cuando llegaban los animales a tomar agua le echaban con las flechas o con las boleadoras, para eso es ese refugio. Ahí se entraban a esperar. Todas las aguas tienen de esos y no son para dormir” – nos explicó.

Caminamos un poco más por el sitio y don Leandro encontró una pala oxidada y deteriorada que estaba dentro de una de las estructuras y dijo “*mi pala*”. Nos contó de sus años como guardia en la mina Ojo de Gallo en El Abra y que él había habilitado un pequeño camino un poco más arriba de Ichunito para andar en bicicleta e ir a buscar a sus animales, los que soltaba durante el día para que fueran a pastar a los cerros. Nuestra sorpresa era completa: teníamos ante nosotros a un protagonista vivo de la historia de estos lugares.

Finalmente, nos acercamos al abrevadero que, en nuestra visión de expertos universitarios, habíamos identificado como de estilo “*inca*”. Le preguntamos a don Leandro si esa fuente de agua siempre había sido así y con total naturalidad nos dijo que él había hecho ese pircado de piedra, “*le hice un pocito para que las cabras no lo entierren cuando tomen agua. Veinte cabras pueden tomar y no se nota. Allá en Pacopaco también hice un pocito, así que los animales salían al cerro y cuando tenían calor bajaban a tomar agua*”.

Hasta ahí llegó el estilo arquitectónico y nos reímos un buen rato mientras le contábamos a don Leandro nuestras opiniones de sabios expertos universitarios. Nuestra amistad había quedado sellada.

Desde entonces han pasado más de quince años y nuestro equipo ha realizado decenas de investigaciones y campañas de trabajo arqueológico y etnográfico en los terrenos de la SCM El Abra, desenterrando el

pasado prehistórico e histórico de la minería en este rincón de nuestro país. Y en todos estos años hemos cultivado una relación de amistad y cercanía con don Leandro y su hermana Matiasa, los últimos residentes permanentes del pueblo de Conchi Viejo. Don Leandro resultó ser una verdadera caja de sorpresas, y su historia de vida una experiencia única y digna de ser conocida, por las vivencias, los misterios y la sabiduría que encierra. En cada una de las decenas de conversaciones que hemos tenido en su casa de Conchi, en los viajes por los antiguos caminos troperos o en las visitas a las estancias, hemos podido conocer un poco más de su vida y su personalidad.

Este hombre de ojos claros, mirada profunda y un notable sentido del humor, nos ha enseñado durante todos estos años que el desierto es un lugar mágico, lleno de secretos y matices, y que si uno se detiene a mirar con atención, siempre es posible aprender o descubrir algo nuevo. Su testimonio de vida ha sido también un maravilloso recordatorio de lo sencillo que es vivir y que el desierto con su soledad y silencio, es una invitación constante a una vida simple. Vivir en un lugar donde los recursos son escasos y donde la vida depende de un precario equilibrio fue la escuela en la que don Leandro se educó por años. Esa huella imborrable de la escasez quedó para siempre en su mentalidad.

En alguna de esas múltiples conversaciones, surgió la idea de publicar un libro que recogiera la experiencia vital de don Leandro Aymani, para que no ocurriera lo que a él le pasó con su propio padre, un hombre parco y conocedor de las antiguas tradiciones indígenas, pero que no quiso transmitir nada a sus descendientes. Refiriéndose a esta experiencia del conocimiento y la tradición, don Leandro nos decía:

“Mi padre sabía mucho pero él no le enseñaba a nadie. Por eso digo también que él se fue con muchas cosas que no le enseñó a nadie. Y eso es lo que no quiero yo, porque lo que yo sé tengo que comunicárselo a otros para que quede alguien sabiendo, no como yo que no tuve a nadie que me cuente mucho, así que no es mucho lo que sé, pero de lo que sé, sobre todo a la juventud, y más a los estudiantes de la Universidad de Chile, porque me imagino que es una gente que merece que se le cuente todo, según el concepto mío, todo lo que uno sabe. De repente les cae bien y de repente lo ignoran también... no importa, yo lo converso igual”.

Si bien don Leandro no se considera a sí mismo como un indígena, pese a pertenecer a la comunidad atacameña de Conchi Viejo que cuenta con reconocimiento oficial de la Conadi, sí tiene plena conciencia de que es poseedor de una cantidad importante de conocimientos sobre la historia de esta importante localidad minera de nuestro país, en donde se registra actividad humana desde hace miles de años. En sus casi ochenta años de vida, don Leandro ha sido testigo directo y protagonista de los cambios que ha vivido la minería del cobre, desde su pasado indígena hasta su presente de gran producción industrializada, habiendo visto desfilar ante sus ojos a los pirquineros y aventureros que forjaron la explotación de las ricas vetas de mineral en este rincón de la región de Antofagasta durante el siglo XX, a los geólogos e ingenieros que realizaron



► Alto Loa.



► Volcán Paniri
Fotografía gentileza de Albane Buhrens.

los sondeos y desarrollaron los proyectos de la gran minería y a los arqueólogos e historiadores que han venido a reconstruir la historia. Al mismo tiempo, conserva la sabiduría ancestral sobre los nombres, la toponimia y algunas de las costumbres que heredó su padre de sus antepasados indígenas. Ha visto cómo los antiguos pastores del Loa han ido muriendo y con ellos las tradiciones ancestrales ya que las nuevas generaciones se han trasladado a vivir a Calama o Antofagasta. De alguna manera, él es consciente de que el mundo que ha conocido, las costumbres, la cultura, la mentalidad a la que pertenece se acerca a su final. Y esto es especialmente fuerte pues además tiene conciencia de que la familia a la que pertenece comienza a desaparecer. De todos los hermanos Aymani Apaza, sólo uno tiene un hijo. Del resto, ninguno se casó, ni dejó descendencia. En nuestra última conversación, cuando revisamos el árbol genealógico de la familia, don Leandro y doña Matiasa nos comentaban que con ellos, prácticamente desaparece esta línea de la familia. Y cuando eso ocurre, se produce esta búsqueda de trascendencia, esta posibilidad de continuar en la memoria, en el recuerdo, aunque sea de personas desconocidas. Y ese ha sido el ánimo de Leandro Aymani en todos nuestros encuentros y conversaciones.

Después de algún tiempo, este libro quiere ser reflejo del testimonio de vida de don Leandro, del privilegio de nuestro encuentro con él y de nuestro agradecimiento por todo lo que nos ha enseñado en estos años. Recorreremos la historia de la familia Aymani, de la minería en El Abra y del pueblo de Conchi Viejo, siempre a través de la mirada y los conocimientos de don Leandro.





TODO COMENZÓ EN ARCAS



Los paisajes invictos del Alto Loa¹



El sector del Alto Loa, donde se ubica el poblado de Conchi Viejo, reúne las características típicas de esta zona del norte árido de Chile. El desierto absoluto atravesado por el milenario cañón del río Loa que va dejando su huella cristalina y verde por las pampas; quebradas y valles con expresiones mínimas de vegetación arbustiva y cactácea; pequeños caseríos y poblados, siempre asociados a la presencia del río Loa o de alguna aguada o vertiente; las grandes montañas tutelares de la cordillera de Los Andes, el Paniri, el San Pedro y San Pablo, el Miño, el Palpana... montañas que ocuparon desde el inicio de la presencia humana en estos parajes un lugar privilegiado en la cosmovisión de los habitantes indígenas; el laberinto de cerros multicolores de las sierras que se desplazan hacia el oeste para bajar hasta la depresión intermedia; pequeños caminos de tierra que atraviesan la soledad de estos lugares y se dirigen hacia destinos inciertos y variados; huellas y senderos que marcan sus recorridos en la aridez de estos paisajes, siempre barridos por el viento que deambula como dueño y señor de los parajes desérticos.

Lo que más sobrecoge en los primeros recorridos por el Alto Loa es la inmensidad de la manifestación de la naturaleza. A primera vista, el desierto parece uniforme y monótono, siempre igual, seco y plano. Sin embargo, en sus enormes explanadas, sus cumbres y volcanes nevados, el cañón horadado en las rocas por el río Loa en su recorrido paciente y silencioso, comienzan a surgir matices y variaciones que van poblando la vista de impresiones extraordinarias. Adentrándose por sus caminos, el Alto Loa comienza a develar rincones habitados desde tempranas épocas, muchos de ellos ocupados hasta el presente. Así, el visitante comienza a aprehender los nombres de Chiuchiu, Lasana, Conchi, Santa Bárbara, Quinchamale, Lequena... hacia la cordillera otros poblados, otros testimonios de la presencia del ser humano.

Del paisaje emergen también las posibilidades de habitar que se concretan en los recursos naturales. Piños de llamas, cabras y ovejas nos hablan de la antigua tradición de pastoreo y arriería, asociados a las vegas y pastizales que crecen en la orilla del río o en manantiales de agua que surgen en lugares impensados. La gran vega de Turi es un ejemplo notorio, una especie de alfombra verde salpicada de colores con los animales y pastores. O los cultivos a la orilla del Loa, con sus zanahorias, betarragas y otras hortalizas y vegetales. El agua

1. Don Leandro utilizaba el adjetivo "invicto" para referirse a paisajes no alterados por la actividad humana moderna.



mineral del río hace que la siembra sea limitada, no todas las plantas que uno quisiera pueden adaptarse. O el sorprendente río Toconce que baja cristalino por una quebrada profunda para ahogarse finalmente en una tubería que la convierte en agua potable para las ciudades e industrias mineras.

La minería, actividad tradicional desde tiempos inmemoriales, es la que ha vivido los cambios más bruscos y espectaculares. La agricultura y la ganadería siguen con su ritmo y se han modernizado lentamente, pero de alguna manera mantienen una vinculación con el pasado y sus tradiciones de limpia de canales y floreo de animales. La minería no. Ya no queda nada de esa extracción minera artesanal que hicieron los pirquineros, o la labor realizada por los indígenas y sus martillos de piedra. La minería del cobre es ahora una actividad moderna e industrializada, una faena que se mide en miles de toneladas y millones de dólares.

El impacto de la gran minería se observa desde el momento en que uno desembarca en el aeropuerto del Loa, en Calama. Las chimeneas humeantes de Chuquicamata, los cerros artificiales formados por millones de toneladas de desechos pétreos, las aguas contaminadas del relave que forman verdaderos lagos en Talabre, a la salida de Calama en dirección hacia Chiuchiu. La ciudad vive una actividad intensa y creciente, producto de esta actividad que ha llegado a denominarse con entera justicia, el sueldo de Chile.

Sin embargo, la minería no es algo nuevo para el Alto Loa, para Chuquicamata, para las distintas minas que se encuentran en los alrededores. Literalmente, durante miles de años, los habitantes originarios de esta zona excavaron en las entrañas de la tierra en busca del mineral, ya fuera para fines rituales, de intercambio o de elaboración de objetos y herramientas. Algo de ese pasado palpita en toda la vida del Alto Loa.

En la medida que se avanza saliendo de Calama hacia el norte, siguiendo el camino que corre paralelo al Loa, uno tiene conciencia de que va alejándose de la ciudad y todas sus comodidades y elementos conocidos. Al entrar a Chiuchiu, es como si estuviese de regreso en un tiempo pasado. Pese a los autos, a los turistas, a los restaurantes y almacenes, el pueblo conserva su aire colonial e indígena, un ritmo tranquilo y sencillo, como sus construcciones bajas y calles. Elemento central del pueblo es la Iglesia de San Francisco de Chiuchiu, considerada una de las más antiguas de Chile. El pueblo se encuentra íntimamente relacionado con el río Loa, de hecho ocupa su espacio en una de las vegas más importantes y grandes del río, un poco más arriba de la confluencia con el río Salado.

El camino pavimentado que lleva a las instalaciones de SCM El Abra, sigue más al norte aún. Camino silencioso, que transitan principalmente vehículos de transporte de trabajadores que se dirigen a la faena minera. Al llegar al control de ingreso a la empresa, se toma un desvío hacia el este por un camino de tierra que se dirige hacia la estación de Conchi (nuevo), a orillas del Loa y donde hay instalaciones militares y del Ministerio de Obras

Públicas, un viaducto antiguo y cerrado por presentar daños estructurales y el embalse Conchi que acumula las aguas del Loa para uso doméstico e industrial. El Conchi histórico pasó a llamarse Conchi Viejo cuando, a fines del siglo XIX, se construyó esta estación junto al embalse y el ramal del ferrocarril que sube desde Antofagasta hasta Ollague, y de ahí a Bolivia.

Se sigue por un camino de tierra hacia el norte para llegar al cruce que permite tomar la ruta a Conchi Viejo, ubicado en las sierras que se pueden observar hacia el oeste del río. Se continúa algunos minutos más y el camino comienza a serpentear por lomas de cerros pedregosos y de pronto, sorpresivamente, aparece ante nosotros el pueblo de Conchi Viejo ubicado en el lecho y ladera de una quebrada. Compuesto por una treintena de casas, la Iglesia de estilo colonial domina la vista del pueblo desde cierta altura en la ladera sur y la quebrada se hace más estrecha en la medida que se avanza hacia el oeste. Una mínima vertiente de agua sirve como explicación explícita de la ubicación del pueblo en ese lugar y de algunos árboles como pimientos, perales, manzanos y algunas flores.

Tiene historia Conchi Viejo. Lo que no queda tan claro a primera vista es si tiene presente y futuro. El pueblo se ve completamente deshabitado, a no ser por algunos perros que se asoman desde una de las casas ubicadas en la ladera norte de la quebrada. Pasados algunos minutos, un par de personas se asoman desde esa misma casa para observar atentamente a los visitantes. Una mujer con un vestido colorido y sombrero y un hombre con una vestimenta inclasificable. Son Leandro y Matiasa Aymani, únicos habitantes permanentes del lugar.

El pueblo revive en las fiestas religiosas y con la llegada esporádica de algún miembro de la comunidad o turista en los fines de semana. El resto del tiempo transcurre en el silencio y la soledad habitual de estos lugares. De hecho, recorriendo los caminos hacia Lequena, Inacaliri, Miño, Koska, hemos pasado días completos sin encontrarnos con ningún otro transeúnte. Don Leandro y doña Matiasa viven en este lugar, herederos de una antigua tradición familiar que trajo a los Aymani desde la región de Tarapacá en el siglo XVIII. Desde entonces, ya sea en Conchi, en Santa Bárbara, en Arcas, en Lequena, en El Abra, los Aymani han habitado estos espacios. Todavía tienen primos y parientes más lejanos habitando en pequeñas estancias en las orillas mismas del Loa, dedicados al pastoreo y otras actividades.

Recorriendo los alrededores de Conchi, se descubren con facilidad los vestigios de la historia minera, pastoril, colonial, prehispánica, moderna. Todo está junto y revuelto, literalmente en muchos casos. Siendo pocos los recursos para la sobrevivencia, no es extraño que los habitantes hayan recurrido a través del tiempo a las mismas estrategias, a los mismos espacios, a las mismas aguadas, a las mismas vetas mineras, a los mismos pastos. No hay vuelta que darle. Nada sobra en San José del Abra y en Conchi Viejo.

Por los caminos del desierto
La historia de Leandro Aymani

La familia Aymani



► Don Leandro junto a su hermana menor doña Matiasa, en su actual casa en el pueblo de Conchi Viejo.

Las conversaciones con Don Leandro empezaron a propósito del sitio de Ichunito. De la inmensidad de datos y anécdotas que nos iba contando comenzaron a emerger trozos de la historia familiar. Y desde ahí, su relato de anécdotas personales comenzó a mezclarse con elementos propios de la historia de “larga duración” de la zona, asociados a la memoria ancestral que hablaba de tradiciones, de los “antiguos”, del tiempo de los “indios”, del tiempo de los “ingleses”, etcétera.

Don Leandro es consciente de que su familia tiene presencia en Conchi desde hace mucho tiempo. Su memoria alcanzaba a viajar hasta el siglo XIX, de acuerdo a lo poco que le comentó su padre. Se sorprendió cuando le contamos que habíamos encontrado documentos históricos que demostraban que estaban aquí desde la época colonial y que habían llegado de más al norte, de la quebrada de Guatacondo. El pasado se vuelve como una especie de nube donde todo queda junto y es difícil asignarle dimensiones al tiempo y sus acontecimientos. Su memoria personal y familiar avanza hasta algunas generaciones hacia atrás y luego sólo queda un rumor, el rumor del tiempo transcurrido. Cuando conversábamos recorriendo los sitios investigados siempre hacía referencia a personas, familias, hechos, recuerdos, nombres de lugares, costumbres, tradiciones. Sin embargo, él no pasó su infancia en Conchi. ¿Dónde vivió usted don Leandro? En Chitigua. ¿Y dónde queda Chitigua? Lejos, más al norte, más solo, más desierto que esto.

Y ante esas afirmaciones, nos preguntábamos si podía haber más desierto, si se podía estar más solos, más aislados que en este lugar. Las conversaciones continuaban con historias, información del pastoreo, recuerdos de su época de cuidador en El Abra, bromas, comentarios sobre la última fiesta religiosa y, cada cierto tiempo, don Leandro volvía a hacer referencias a su padre y al lugar donde pasó su infancia y juventud: la estancia familiar de Chitigua, ubicada en la quebrada de Arcas. Y este lugar, presente en la memoria de Leandro Aymani, se fue colando también en nuestro propio imaginario, marcado por una imposibilidad de visualizar algo más allá de lo que ya conocíamos como desierto.

A ciencia cierta, la familia Aymani figura entre los más antiguos habitantes del Asiento Minero de Conchi Viejo según los documentos coloniales disponibles, que nos hablan de una localidad dedicada a la explotación de cobre en la que convivían habitantes españoles, atacameños y aymaras venidos de otras localidades en pleno siglo XVIII.

Los Aymani llegaron provenientes de Guatacondo, una quebrada ubicada a unos 100 kilómetros al norte de Conchi. Con el paso de los años, se convirtió en una de las familias con más presencia y tradición en el sector.

“Los Aymani eran de acá (de Conchi). Por eso es que digan lo que digan, (esto) pertenecía a nosotros, toda esta parte, hasta el Añil (donde hoy se encuentra la entrada a la Mina, el Punto 1) De ahí hasta Santa Cruz, este cerro que va para arriba, hay unas cruces ahí, ese es que pertenece a los Aymani. Y de ahí salía para arriba, para allá por el Abra, todo eso, Cherejara... de ahí por Pacopaco..., no, no es Pacopaco, es Paqui... de ahí cuadraba hasta Conchi”.



Recuerdos de una época distinta, sin camiones, sin caminos pavimentados, sin electricidad, sin ferrocarril. Huellas troperas, tropas de animales, pastores y arrieros, mineros. Del Abra al Loa, del Loa a Conchi, de Conchi a Arcas, de Arcas a Quillagua y vuelta a empezar. Un viaje constante por las venas del desierto. El orgullo de saberse local, propietario con derechos históricos es algo que siempre ha resaltado en Leandro y Matiasa. Los cambios que ha traído la modernidad, el mestizaje, la diversificación de la vida de la comunidad con su traslado mayoritario a Calama, la lucha por el agua... nada de eso les hace perder la claridad de que ellos son originarios de aquí.

Su padre, Luis Aymani, hijo de José María Aymani y Andrea Mondaca, nació en un lugar llamado Pabellón, donde todavía se puede ver la casita en la que vivían, al pie del cerro Santa Bárbara. Es una de las muchas estancias de pastoreo que pertenecían a los habitantes del pueblo, aunque ésta quedaba un poco más retirada, en las cercanías del río Loa a la altura del Cerro Colorado. Este sistema de estancias constituye una de las formas de habitar el espacio que inventaron los indígenas desde tiempos prehispánicos. La escasez de recursos los obligaba a ocupar distintos lugares en cada época del año, permitiendo la renovación de los recursos y evitando su agotamiento definitivo. Subir y bajar en busca de agua y de pasto, arrancando del frío extremo y la nieve, buscando cobre y oro, moviendo la tropa de animales para comerciar o cambalachear. Habitar según las posibilidades que el espacio ofrece, esta es una de las grandes lecciones que pudimos aprender en estos viajes.



Caminando en torno al pueblo de Conchi Viejo nos fue posible descubrir muchas de estas “estancias”, viviendas precarias de piedra ubicadas en alguna quebrada, en la que se podían instalar por algún tiempo los antiguos pastores para alimentar a los animales.

Al poco tiempo después de nacer, Luis Aymani quedó huérfano de madre, y su padre, José María, lo entregó a su hermana Marcelina que estaba casada con Salomé Galleguillos, minero y arriero de Conchi y perteneciente a otra ilustre familia del lugar.

“Y mi abuelo ese era más arriero... si creo que trabajó (en la minería) pero poco no más, aplanando metales. O sea en la arriería siempre, pero bajando metales. O yendo a hacer la diligencia, llevando leña a Chuqui, cuando Chuqui estaba principiando y dentaban a vender leña...”.

Pero luego el abuelo volvió por el hijo que había entregado a su hermana y se lo llevó con él otra vez. José María Aymani estaba dedicado a la arriería y pastoreo. Tenía una tropa de burros, cuyos descendientes todavía es posible ver en viajes por los desolados caminos del Alto Loa. Son burros “alzados” o salvajes que han permanecido como especiales testigos de esa época de la historia de este rincón del desierto.

“Pero ya cuando la familia se dispersó, ya los animales se alzaron, ya mi abuelo se envejeció, estos animales quedaron en el cerro. Ya se alzaron, ya nunca más los manejaron, y así que ahora son como silvestres”.

En esos años era normal que todas las familias del sector, los Galleguillos, los Mondaca, los Aymani o los Bautista tuvieran sus tropas de animales, especialmente burros, unos 15 ó 20, que ocupaban para bajar a alguno de los poblados y aprovisionarse y cambalachear sus propios productos. Algún miembro de la familia se preocupaba de pastorearlos, llevándolos a las quebradas con mejores pastos, ocupando alguna de las estancias familiares que les pertenecían.

El papá de don Leandro vivió en una etapa en que Conchi estaba habitado por mineros y arrieros pero la actividad venía en decadencia. Se trataba de las primeras décadas del siglo XX.

“Por eso, cuando aprendí a andar solo era pastor aquí en Conchi Viejo. Ya luego fue minero también, si vivió aquí en el Abra, la Mina María, la Diógenes, la San Pablo”.

Como en la mayoría de las familias, había que dedicarse a distintas labores y oficios con tal de sobrevivir. Con su padrastro Salomé trabajó en la minería y luego con su padre José María se dedicó a la arriería. Más adelante trabajó cargando llareta para las faenas mineras, seguramente a lomo de los burros de la tropa familiar. Sin embargo, como la actividad minera venía en declive, José María Aymani se había ido del pueblo en dirección a Aguas Blancas y de ahí a Luchita, ambas estancias ubicadas en el Loa. Sin la minería, Conchi no ofrecía muchas posibilidades de vida. Yendo y viniendo se crió Luis, pero ya en su mente estaba la idea de que su futuro familiar no era posible en el pueblo de los antepasados.

Luego, Luis se casó con Francisca Apaza, una mujer alta y corpulenta. Su familia era de origen boliviano, pero se habían emparentado con los Mondaca y vivían en las cercanías del volcán Miño, en la parte más alta del río Loa. El padre de Francisca era de apellido Mondaca, pero ella prefirió quedarse con el apellido de su madre, según don Leandro y doña Matiasa, para borrar su parentesco con los Mondaca, ya que no guardaba un buen recuerdo de su padre. De hecho, doña Matiasa comentaba que, años después, cuando le preguntó a su madre por el abuelo, ella le respondió que no había tenido padre.

En esa estancia familiar, los Mondaca Apaza se dedicaban al pastoreo. Luis y Francisca se conocieron *“cuando mi padre estaba trabajando en las llareteras... es un dato porque ellos no contaban sus cosas tampoco. Mi mamá creo que quería irse a Bolivia, a buscar trabajo para allá... por ahí se han encontrado, ya por ahí creo que juntaron al tiro y andaban puro vagando porque todavía ni tenían animales, pero mi mamá en pastoreo ya se había ganado unas cabras pero las*

tenía ahí no más donde su tía, que era doña Margarita Mondaca, ahí de Lequena... pero no las recogía entonces cuando se juntaron con mi padre. Ya un tiempo, ahí le entregaron ya la herencia a mi padre... la finada que ha sido mi abuela, la mamá de mi padre dejó animales y esos los repartieron a toda la familia, así que mi padre tenía ovejas y cabras propias..."

Luis Aymani no era un hombre cualquiera y tenía sus ideas personales sobre el mundo, sobre la sociedad y sobre lo que debía hacer con su familia. Algo de su carácter fuerte y de su visión de mundo se asoma en la personalidad del propio Leandro. Después de una infancia y juventud vivida en Conchi Viejo y en sus alrededores y de haber trabajado en el pastoreo, la arriería y la minería, este hombre sombrío e irascible decidió dejar el pueblo y llevarse a su familia a vivir en una aislada quebrada llamada Arcas, en la que había una pequeña vertiente que permitiría el cultivo de la tierra y la actividad ganadera a pequeña escala. Quería mantenerlos aislados de un mundo que, en su opinión, se estaba degenerando, y cuyas manifestaciones malignas él veía en Conchi, en los mineros, en el resto de las familias. Las tierras de Arcas habían pertenecido históricamente a la familia Aymani, y José María había tenido una pequeña estancia en Aguas Blancas, en la entrada misma de la quebrada. Quizás en viajes de la infancia o por referencias de los familiares, Luis Aymani sabía de la existencia de ese alejado lugar.

De Conchi partieron primero a Luchita, una estancia ubicada en el Loa, más al norte de Lequena, donde se quedaron un corto tiempo, *"y de ahí mi papá se ha ido para allá cuando se juntó con mi mamá, a la quebrada de Arcas, porque este notó que iba a tener familia y para que la familia no aprenda y quede tan aislada y no sepa nada, para eso se fue a meter allá, a esa parte donde no entra nadie, en esos años no entraba nadie. Ya se independizó de sus familiares y ahí vivieron bien hasta que se envejecieron. En Arcas hemos vivido absolutamente aislados, libres de conversaciones, de gente... pero de educación, como íbamos a saber lo que existía, como se trataba, nada, nada"*.

Ahí llegó al mundo Leandro Aymani, en la propiedad de Arcas que, según registro de la época, tenía unas 300 hectáreas. Hectáreas de tierra, cerro, monte, quebrada y desierto. Y una pequeña vertiente que hacía la diferencia entre la vida y la muerte.

“El lugar más lindo es Chitigua”²: La vida cotidiana en Arcas



Para ir a Chitigua hay que tomar el camino que corre por el lado poniente del cañón del Loa, rumbo a Lequena. Se cruza la cuesta del cerro Las Papas y se encamina uno hacia el norte. En medio de la nada, se accede por una huella caminera en malas condiciones, desviándose desde el Loa hacia el oeste, un poco más allá del Sirahue, ese misterioso hito natural de movedizas arenas amarillas y negras que capta la imaginación y fantasía de los viajeros que pasan por el lugar. Por el desvío que parece llevar a ninguna parte y que atraviesa una enorme pampa con matorrales bajos dispersos, uno se adentra de a poco en un pequeño cañón que se abre y se cierra en la medida que avanza el camino. Casi sin darse cuenta, se empieza a serpentear entre formas rocosas extrañas, cerros de colores y en algunos recodos, pequeñas pircas de piedra, único testimonio de presencia humana. Después de algunos kilómetros internándose por este lugar, el camino comienza a subir y se atraviesa un abra desde el cual es posible ver hasta el cañón del Loa. Las lomas se visten de amarillo con pequeñas gramíneas y matorrales de chachacoma que se agitan suavemente con el viento. Luego se inicia un brusco descenso y la quebrada comienza a estrecharse, cercada por altos cerros, murallas de roca y lomas que cierran la vista. Finalmente, y luego de mucho andar, es posible ver la antigua estancia de los Aymani Apaza en un recodo del camino. En una pequeña explanada se levanta el complejo habitacional de piedra, con techos de paja y barro. Suspendida en el tiempo, la estancia resume en sus construcciones las décadas que la familia pasó en este lugar. Pero aquí no había nada cuando Luis Aymani llegó con Francisca Apaza.

Llegados con sus animales a Chitigua, Luis Aymani construyó la casa principal, de piedra y barro, con techo frágil de paja. Con el paso del tiempo, trajo calaminas de zinc que encontró en campamentos abandonados y reforzó la techumbre de la casa, que era revestida por dentro con barro, papel de diario y cartones. Como las típicas casas del altiplano, las viviendas de Arcas son bajas, con suelo de tierra, bien aisladas con el barro que actúa como argamasa en las murallas, oscuras, pues la única fuente de luz natural suele ser la puerta y alguna pequeñísima ventana. El frío extremo de las noches y del invierno explica estas técnicas de construcción. Que después de 60 años sigan en pie, impertérritas, confirma lo adecuado de la técnica. El conjunto habitacional llegó a tener siete habitaciones, más la casa que don Leandro construyó para él y la pequeña pieza que usaba

2. Palabras de Matiasa Aymani al referirse a su casa

doña Matiasa al frente del complejo central, al alero de una gran roca que se ubica al pie del cerro. Luego, Luis habilitó pequeñas terrazas de cultivo y canales para que el agua corriera desde el manantial hasta los sembradíos. Con el tiempo llegaron a ser más de treinta terrazas para el cultivo, las que funcionaban simultáneamente bajo el cuidado de la familia. En una pequeña vuelta de la quebrada y asociado a la vertiente de agua fue donde Luis Aymani habilitó las terrazas.

“Y ahí se ha puesto a labrar la tierra mi padre, y mi mamá pastaba los animales porque ellos dos no más poh. De ahí han tenido a Pedro primero, después a mi otro hermano que está en Chala (Dionisio) y finalmente a mí... por ahí ya ellos estaban en la casa no más, nosotros éramos los pastores”.

Luego vinieron las mujeres: una que falleció al caerle un rayo, llamada Natividad, a la que le decían la larga por ser la más alta de todos los hermanos, y Matiasa, que nació en 1945, mismo año en que falleció su abuelo José María Aymani. Los hermanos fueron llegando al mundo que se reducía a ese lugar aislado en medio del desierto, solos, sin saber qué había más allá de la corona de cerros que los rodeaba. El padre asistía a su esposa en los partos y en dos ocasiones, ella tuvo a sus hijos sola, pues Luis se encontraba en algún viaje de cambalacheo, lejos de la estancia familiar. Doña Matiasa nos comentó en una ocasión que sus padres habían tenido una hija antes de venir a Arcas, cuando recién se habían juntado y que no pudieron quedarse con ella debido a las dificultades económicas que tenían en esos momentos. Le entregaron esa hija a su madrina, quien la crió y cuidó.

Existían pequeños senderos que interconectaban con antiguas huellas troperas usadas desde siempre por los indígenas para ir y venir a Quillagua, a Guatacondo, al Loa, a Conchi. El lugar es árido y seco y sólo es posible encontrar vegetación arbustiva baja propia del desierto y la altura. En el fondo de la quebrada y alrededor de la aguada crecían gramíneas un poco más grandes y unos arbustos olorosos. Algo mínimo como para alimentar a los animales silvestres como vicuñas, vizcachas y guanacos.

El “habitar” del desierto se reflejaba en el estricto silencio impuesto por el padre a toda la familia, un silencio radical y completo, incluso cuando viajaban y llegaban a comerciar a Conchi. En ese lugar de silencio y aislamiento crecieron los hermanos Aymani Apaza. El padre no los dejaba hablar, no permitió que aprendieran a leer ni a escribir. Vivían pobremente y bajo una vigilancia extrema del padre.

“Que nos iba a enseñar, si era contrario a enseñar. De leer mi mamá sabía un poquito pero no sabía bien, esito nos enseñó. De ahí no más, ya a los años cuando vine al Abra recién pude practicar más de escribir así porque allá no había ni lápices...”.



► Pertenencias abandonadas en la estancia Aymani de Chitigua.





► Complejo habitacional de la familia Aymani Apaza, Estancia de Chitigua, en la Quebrada de Arcas.

Aprendieron sobre la vida con rigor, con un padre que casi no les hablaba, que les daba órdenes y que recurría rápido al lazo si es que no hacían bien las cosas o le desobedecían. El contrapunto entre la madre y el padre siempre aparece en el relato de don Leandro. Ella intentaba poner algo de hogar en medio de esta extraña forma de convivencia inaugurada por Luis en Chitigua, aunque don Leandro y doña Matiasa también recuerdan que ella tenía su carácter fuerte y que en ocasiones se enojaba. Según Leandro y Matiasa, su madre era inmensamente feliz en Arcas. Fuera de algunas discusiones con Luis, él se preocupaba de ella y la cuidaba y ella lo quería mucho. Ese arraigo al lugar se traspasó a algunos de los hermanos con mayor fuerza que a otros.

Entre los hermanos hombres se llevaban bien, a veces peleaban y el mayor, Pedro, podía ser un poco más tirano, como todo hermano mayor. Pero con las hermanas no había relación. “Con esas muy poco hablábamos porque no ve que mi padre no nos dejaba hablar” – decía don Leandro.

Los primeros recuerdos que tiene don Leandro de su infancia es cuando *“salía mi mamá a pastorear por ahí..., me dejaba por ahí no más para ella ir a alcanzar los animales, yo me ponía a llorar porque me daba miedo”*.

La agricultura en las terrazas de cultivo los proveía de cierta cantidad de alimentos para el consumo de ellos y algunos productos para el intercambio.

“Mi padre cultivó, pero estaban chiquitos los árboles, de último estaban grandes ya. De los años que yo me acuerdo no había nada, un peral chiquito había...”.

Luego hubo mayor variedad con ciruelos, manzanos, una higuera. Todo eso sigue ahí, pasados años ya después del abandono definitivo. Recorriendo el lugar con don Leandro y su hermana Matiasa, iban recordando anécdotas, como que cada uno tenía sus árboles y terrazas, que don Leandro se tuvo que construir su propia casa, las labores que cada uno realizaba. De esa experiencia de cercanía con la tierra y con el crecimiento de la vida vegetal guardó don Leandro el gusto por todo aquello que crece. Aprendió sobre los ritmos de la naturaleza, sobre las distintas plantas y sus propiedades, sobre los cultivos, sobre las huellas y rastros de los animales en el suelo, sobre el clima... en fin, sobre esa misteriosa relación del hombre y su entorno. Desde entonces, y en cada lugar en el que se instaló, desplegó esos aprendizajes y desarrolló algo de agricultura, tuvo sus animalitos, construyó su vivienda y recorrió los senderos aprendiendo a descifrar los mensajes del desierto.

La mamá tejía calcetines y guantes con la lana de los animales, producía queso y algunos otros productos agrícolas.

“También mi mamá era buena para hilar, después tejer. Esas frazadas de tela, así en el suelo se teje en telar. Y mis hermanas todavía aprendieron eso. Mi mamá hasta cierto tiempo (pudo tejer), después ya no pudo debido al paso de los años, al envejecimiento, los problemas a la vista”.



► Casa construida y habitada por don Leandro, Estancia de Chitigua.



► Estancia de Chitigua.

Venían personas de otros lugares a intercambiar los productos de la estancia familiar, *“la gente también venía a cambiarse carne o quesos, de Quillagua, don Manuel Salazar, Carlos Guajardo. Todos muertos. Porque ya eran viejos... venían con tropa no más, si vehículos no habían... la tropa no más, mulares, puro burro. El burro es el animal más práctico, no ve que es chiquitito, aloja, come donde quiera...”*

Cuando llegaban visitas era un acontecimiento para todos, pero el padre les prohibía acercarse y socializar con las personas de afuera. El aislamiento debía ser mantenido según la idea de relaciones que se había formado Luis Aymani. No se había escapado tan lejos como para permitir que la “contaminación” del mundo llegara con los visitantes.

“Si era contrario mi padre a que converse con alguien. Ni entre hermanos, así que muy poco se ha conversado allá. Él le conversaba a mi mamá sí poh, no a nosotros. Ahí nos íbamos imponiendo. O a cualquier otro que llegue, pero a nosotros no (no hablaba)”

Para tratar de comprender un poco más en profundidad este estilo de vida, una vez doña Matiasa nos explicaba que cuando ella era niña tenía un defecto muy terrible que consistía en que si alguien extraño le hablaba o aparecía en la casa, ella sentía un temor muy grande, se ponía a llorar y corría a esconderse, siendo incapaz de relacionarse con cualquier persona fuera de su familia más cercana. En los años de su infancia, ella no sabía que esto era un defecto, ya que sus padres encontraban que esa reacción era muy apropiada, que una mujer tenía que tener ese carácter, ya que así no tendría interacción con nadie. Sólo después que se vino a vivir con don Leandro a Conchi Viejo, hecho ocurrido hace poco más de 15 años, se dio cuenta de que era un problema y que tenía que superarlo.

Cada cierto tiempo, el papá organizaba un viaje de intercambio y viajaba con uno de sus hijos a Conchi, a El Abra o incluso a Quillagua. Estos viajes eran la oportunidad que tenían los hijos hombres para salir de la casa y conocer qué había un poco más allá de las fronteras de Chitigua y sus enormes montañas. Pero eran motivo de discusión entre el padre y la madre, ya que Luis quería ir solo, sin que ninguno de los hijos lo acompañara pues consideraba que podrían ser un estorbo. Pero Francisca Apaza se ponía firme y entonces algunos de los muchachos acompañaba al padre en el viaje. Iban con una tropa pequeña de animales, tres o cuatro. No como las de antes, las de sus abuelos, que tenían 15 o 20 animales y las sabían manejar solos o quizás con ayuda de un perro.

En los años 50 y 60 la actividad minera fue aumentando en el sector de El Abra, especialmente por la presencia de pirquineros que se instalaban en pertenencias y tenían sus faenas. También hubo explotaciones un poco más grandes como las del sector de Veta María. A esos lugares viajaban también para cambalachear o comerciar.

El viaje podía durar uno y hasta dos días desde Chitigua. Pero Luis mantenía su rotundo silencio durante la travesía. Sólo con su esposa Francisca hablaría a su regreso, pero nunca frente a los hijos.

“Veníamos a cambalachear víveres, después que llegó gente empezamos a venir para acá (a El Abra). Desde allá donde vivíamos, teníamos tropa y veníamos acá. Solíamos cambiar harina, azúcar, fideos. Alojábamos no más y al otro día nos íbamos. Así al imperio no más (a la intemperie), veníamos a cambalachear no más. Mi mamá tejía, hacía calcetines, guantes y estaban mejor los animales, así que se traía carne y se cambalacheaba por víveres. Aquí conocí la levadura lefersa y el nescafé. Veníamos por un camino de los antiguos mismos, pero lo usábamos nosotros. Se iba por este cordón al norte, si era de los puros vivientes de la cordillera misma. Cuando mi padre era chico pasaban a Chuqui a venderse leña, llareta. Pero cuando yo conocí ya no traficaba para Chuqi”.

Viajaban también hasta Quillagua para hacer intercambios de productos, un viaje un poco más duro ya que había que atravesar lo más seco del desierto y la pampa, desde las sierras de Arcas hacia la depresión intermedia.

“Se sale más al norte, por Mal Paso, y de ahí se desemboca a la pampa por Cimarrón, por Tambillo, Revolcadero y a dar a Quillagua, al anochecer, bien tarde, porque no hay que parar, sin dormir. Quemaba mucho el calor, y no hay agua, así que hay que pasar rápido. Se buscaba el día de luna llena o próximo. La última vez que fuimos con mi padre fue el año 56 y de eso no he vuelto más para allá”.

Desde el año 56 en adelante, los viajes se orientaron principalmente hacia el sector de Conchi y El Abra, ya que resultaba más accesible y se mantenía la vinculación con el pueblo de los antepasados. Esta estrategia de intercambio, tan propia del mundo andino, fue fundamental para mantener la existencia en Chitigua. Lo que ellos producían no alcanzaba para poder autoabastecerse y una parte de los productos que consumían los conseguían a través del cambalacheo.

Días pasados bajo el sol abrasador, noches gélidas aprovechando la luna llena para desplazarse, durmiendo en aleros de piedra, en chozas de los antiguos, junto a pequeñas fuentes de agua. El cielo abierto cada noche con su inmensidad de estrellas, la misteriosa Yakana inserta en la Vía Láctea, esa sensación impresionante de trascendencia y eternidad que se percibe en las noches del desierto al mirar la bóveda celeste, cosmovisión impregnada en el ADN mismo de todos los habitantes del mundo andino, cuya cultura se ha desarrollado durante miles de años bajo la influencia de las constelaciones.

La tropa de animales, el piño de ganado junto a sus señores. Así fue como don Leandro conoció las distintas huellas troperas del desierto, las paradas, los aleros, las fuentes de agua, los vestigios de construcciones de







► Huerto de la familia Aymani Apaza
Estancia de Chitigua, Quebrada de Arcas.

antiguos pastores indígenas, las pequeñas faenas mineras, los pajonales y ciénagas con pastos duros y jugosos, las pampas eternas y áridas, quebradas y quebradas transitadas en esos extensos recorridos, los rincones secretos del desierto en el Alto Loa. Los largos días de viajes y los otros dedicados al pastoreo de los animales de la familia sirvieron para que se hiciera “vaqueano” del desierto y de sus misterios, y un agudo observador del paisaje natural y humano que lo rodeaba. Se fue estableciendo así una relación personal de don Leandro con los lugares, su vida iba aconteciendo en ellos, aprendía del entorno, de las distintas posibilidades, de los ritmos de la naturaleza. El silencio absoluto de su padre, que sólo le dirigía alguna palabra para darle instrucciones, ayudó a forjar esa relación con el paisaje. No había como distraerse.

También observaba a su padre que mantenía la tradición de realizar los rituales de pagos a la tierra, a los ancestros, a los lugares sagrados. Ponía un pañuelo en el suelo, quínoa, maíz, otras hierbas, raíces y ramas. Murmuraba palabras que su hijo no entendía. Luego seguían en el camino, la vida, el silencio. Don Leandro percibía la antigüedad de los ritos, pero nunca tuvo mucha explicación de sus significados, se daba cuenta de que estaba en juego algo más grande de lo que él alcanzaba a ver y que a través de esos simples ritos su padre entraba en relación con las fuerzas de la naturaleza.



► Lograban abastecer al huerto de agua gracias a un complejo sistema de canales, aprovechando una aguada ubicada en la parte alta (oriente) del huerto.

Las creencias religiosas mezclaban elementos de raíz indígena y otros asociados al cristianismo. El papá de don Leandro había conocido a ancianos indígenas que recordaban y practicaban distintas ceremonias, *“no ve que él conoció a los ancianos entonces todavía sabía que había más religión en serio”*. Cada vez que visitaban Conchi por motivos de intercambio comercial, lo primero que hacían era visitar la Iglesia, dedicada a la Virgen del Carmen y a San Antonio, patrono de los llameros y pastores. Durante los viajes, se hacían pagos al salir y en lugares especiales del camino.

“Había que tirar algo de harinita de maíz mezclado con coca. Ese era para pagar el camino o una especie de ulpo, una harina cruda de maíz, pero el maíz tenía que ser todo blanco. Lo tiraba al cerro no más, ese era para el camino, para que le vaya bien, para que la santa tierra no lo castigue. El pago es para que la tierra no se resienta, porque la tierra hace enfermar. A cada estancia o cada majada que llegaba, tenía que hacer un huaqui. Ponía el pañuelito siempre con tres challas con maíz blanco, coquita, pacha de sicha... la quínoa era para los abuelos. También hacía floreamiento del ganado para la pascua, para el 25 de diciembre”.

En su cosmovisión sincrética, la tierra está viva y el hombre se vincula con ella desde distintos niveles. El paisaje adquiere un carácter o personalidad que dialoga con la personalidad del hombre. Los ritos son formas de establecer una relación de respeto y reciprocidad. Se pide permiso, se ofrenda, se agradece, se pide alivio



► Parajes por donde pastoreaba don Leandro cuando era niño en las cercanías de Chitigua.



y ayuda, se devuelve el favor concedido. Si es necesario, se pide disculpas. Los recursos naturales se ocupan con cuidado, y siempre pensando en satisfacer las necesidades básicas. El equilibrio es precario y un error cualquiera puede destruirlo. En ocasiones en que acompañamos a don Leandro a recolectar leña pudimos ver esa mentalidad en acción. Jamás tomó un matorral que estuviera vivo y cuando recogía alguna rama, se cercioraba de que estuviera realmente seca.

Un momento importante en la vida familiar era la fiesta de Todos los Santos, en que rezaban y cantaban juntos, haciendo pago a las ánimas según su padre lo estipulaba. En ese día de todos los santos se usaba la Taba, un hueso de animal que servía para adivinar el futuro y que su mamá siempre guardaba. En la casa de Conchi, donde vive actualmente con su hermana, se sigue guardando la taba de sus animales y don Leandro explicó cómo funcionaba este arte adivinatorio. Ésta era una de las pocas actividades familiares en que podían participar junto a su papá y su mamá.

“Cuando era muy chico no poh, porque no ve que no se puede nada. Mira un ratito así y se va a la cama. Después ya no poh. Tiene que rezarles obligadamente. Ahí se tiraban las dos tabas... esas eran las tabas de rezar, decía. Esas son las creencias que había allá, eso es para el primero de noviembre”.

Con las tabas se rezaba por el alma de algún ser querido y finalmente se tiraban las tabas para rezar por las almas en general, “en nombre de todas las almas que están necesitadas y que no tengan quien se acuerde de ellas”.

Sus papás se consideraban católicos y venían a la fiesta de Conchi Viejo que se celebra en honor a la Virgen del Carmen, el 16 de julio.

“Por eso mi padre vino hasta cuando ya no pudo más. Si no por la fiesta venían todos los años y cuando estaban más buenos para andar, en cualquier época del año venían a prender velas, a rezar...”.

Para cumplir con el rito católico, había que bautizar a los niños. La madre de don Leandro era la encargada de viajar a Conchi y pedir el bautismo, “mi mamá venía sola, pero no sabía lo que hacía porque ella no sabía nada, si era plenamente de cerro, se crió ahí por el Miño... por eso creo yo que no tenemos ni un papel de bautismo... dicen que nos hicieron bautizar en esta iglesia pero no tenemos ni un papel en que se diga. Solamente de la hermana, porque como era alemán su padrino ha tenido la inteligencia de pedirle al cura que le de la partida de bautizo. Solamente porque era alemán y nosotros los padrinos que teníamos parece que ninguno hizo tal cosa. No ve que los extranjeros siempre son habilosos...”

El sincretismo religioso tenía elementos muy prácticos, relacionados con las necesidades cotidianas: “mi padre cuando era chico alcanzó a escuchar que cuando no llovía en Conchi sacaban a la Virgen a la loma y allá le hacían misa rogativa para que lloviera y llovía. Ahora le han hecho un altar, una gruta, piden lluvia y no llueve nada. Sacan a la Virgen, pero no llueve nada”.

Uno salía a pastorear, el otro a buscar leña, el otro a regar. Se levantaban temprano en la mañana, tomaban desayuno y luego aprovechar las primeras horas para regar, antes de que el sol pegara con fuerza. En la noche se juntaban todos a comer, pero en un silencio completo si estaba el padre. Y luego a dormir, cada uno en su cama. El ritmo del año estaba marcado por las necesidades de los animales y de los cultivos. Era habitual que la familia entera se trasladara a alguna de las estancias que tenían asociadas a la casa central. Podían pasar meses recorriendo de un lado a otro para buscar los mejores pastos para los casi 300 animales que llegaron a tener en algún momento. Cuando eran más pequeños, los hombres salían a pastar de a dos. Luego, cuando fueron creciendo, cada uno tenía sus tareas. Durante el verano, si es que la familia se movía, entonces uno de los hombres quedaba en la casa de Chitigua cuidando los cultivos.

Pasaron los años, los hijos crecieron y el papá perseveró en su esfuerzo de aislamiento y de que no tuvieran nada.

“Cada cual tenía su quehacer, nada de juguetes ni ir a jugar entre hermanos por ahí. Si no quiere que tengamos nada, nada, por ejemplo una cosa buena, por ejemplo de imponerse (aprender), libros, nada, nada. O una ropa que alguien nos mandara, él no la entregaba, se lo dejaba para él si le quedaba buena. O si no lo amontonaba por ahí, pero no lo entregaba. Estas eran las mascotas que tenía en casa de mi padre... mi madre quería mandarnos, mi padre no, -para que no aprendan, para que no aprendan...- hablando las cosas verdaderamente como son, mi padre fue harto estricto, por eso no conocimos nada, no nos dejó salir, no nos mandó al estudio... si yo no me arranco iba a ser así, un indigente como es que se llama...”

Junto con el silencio y el aislamiento, estaba la experiencia de la escasez, la precariedad del abastecimiento y de la alimentación, la pobreza. No pasaron hambre durante la infancia, pero sabían que tenían lo justo y lo necesario, que nada sobraba.

“Así somos criados nosotros, en pésima escasez podría decir yo, no tan pobre que no tengamos que comer, pero en escasez sí. No porque no tenían... tenían pero no querían gastar porque pensaban que si se acababa ya no iban a tener que comer... Como nos criamos, como fue, que no se usaba el té, el café, lo que sea. En el desayuno y en la once nada más. El resto del día ya no se usaba eso por economía, no porque no quieran... Se podría decir que la que sufrió más que todos fue mi hermana (Matiasa). No ve que mi mamá ya no estaba, mi padre falleció más antes, y quedó a tal extremo que no tenía nada para comer. Era a tal punto, ya no hallaba qué comer, raíces o tierrita fina comía, porque dice que de hambre ya en la noche no se puede dormir. A tal extremo no he llegado yo. Hemos pasado criados así, teníamos hambre, podíamos comer lo que pillábamos, lo que daba allá, zanahoria, lechuga... fruta no había, eso no hemos conocido cuando chicos”

Después de muchos años pudieron disfrutar de los árboles frutales plantados, experiencia que recuerda en su estadía actual en Conchi, donde las posibilidades de plantar están limitadas por la falta de agua.

“Teníamos cultivado -dice Don Leandro- árboles. Igual que aquí en Conchi o tal vez más, ciruelos, duraznos... varias plantas más que aquí en Conchi”

Huir al mundo para aprender a vivir



Y, en la medida que pasaron los años de aislamiento y soledad, surgió en el joven Leandro el vivo deseo de alejarse del dominio autoritario de su padre y vivir su propia vida. A través de los viajes y de las visitas, Leandro Aymani había descubierto que existía un mundo por conocer más allá de las fronteras de Arcas y del dominio paternal. Y su mente inquieta quería conocer, quería explorar, quería aprender sobre todo lo que estaba ocurriendo en el resto del mundo. Para él, terminó siendo un asunto de vida o muerte. Para su huida tuvo *“más de un año para cranearla. Pero me agradezco yo ahora de haber salido. Era por la mala vida. No ve que mi padre ya, pero le estoy hablando de cuando estaba vivo, me agarró odio. Por eso se fue Dionisio también, poh. Si ya no se podía vivir. Mi hermano se fue el 56, yo me salí de ahí el 71. Si ya no me hablaba, ya no me tomaba en cuenta..., más bien dicho del puro odio no más. Qué es lo que podía hacer yo. Mi mamá jodía que no me vaya. Si no me habría ido antes. Así que tuve que decirle – sabe que yo me voy”. La madre le contestó “que no se va a poder, él te va a mandar preso”. Y don Leandro le dijo –no me importa, que me mande no más-.”*

La tensión de dejar a su querida madre y a sus hermanas, el silencio de su hermano mayor que seguramente veía con tristeza la partida de Dionisio, quien había escapado hacía quince años dirigiendo sus pasos hacia el norte, a Guatacondo, y ahora la de Leandro, las sospechas de su padre que temía ir quedándose cada vez más solo y más viejo, imposibilitado de mantener vivo todo lo que había construido en su terruño.

Don Leandro tenía en mente la idea de ir a trabajar con algunos de los contratistas que estaban desarrollando faenas en la minería en el sector El Abra. Muchas veces, en los viajes de cambalacheo, cuando iba a El Abra con su papá, Horacio Rojas u otros contratistas, le decían al viejo Aymani que dejara a su hijo trabajando con ellos, pero Luis se negaba terminantemente y los contratistas le decían que su mentalidad no había evolucionado y que seguía pensando como hacía 50 años atrás. Por eso, cuando pensó en su escape, para don Leandro lo lógico era ir a buscar trabajo en esos lugares.

“Así me fui decidiendo hasta que me dije - ya no soporto más – porque podía pasar algo, más seguro que me podía matar”. Cuando don Leandro se escapó, su papá salió a perseguirlo. Su idea era, tal como lo había advertido la madre, meterlo preso o enviarlo a la marina. En esta búsqueda, Luis Aymani llegó a la casa de Luz Galleguillos, una pariente lejana de la familia que vivía a orillas del río Loa y que era especialmente respetada por todos los

habitantes del sector. Le dijo que estaba buscando a Leandro para llevarlo a la fuerza, porque se había ido de la casa “y quiero entregarlo a la marina”. Y dijo que era un “infractor, porque no ha hecho el servicio militar, no ha ido a una escuela y lo he dejado al cuidado de la casa y se manda, así que por abandono del hogar también.” Y Luz Galleguillos le contestó –mira Lucho, y vos en contra de este niño, vos sos el infractor. Ahora, ¿en poder de quién estaba este niño y por qué no lo inscribiste en el regimiento cuando tenía su edad? - Es que yo no creí que se iba a ir de mi lado – contestó Luis. Y Luz le dijo –ahora vas a esperar que se vayan para recién te acordar que son infractores. Si poh – le dijo Luis Aymani– si yo lo he dejado como cuidador de la casa y se fue. Tampoco –le respondió Luz Galleguillos – si no hay justicia. A vos te van a pescar yéndolo a acusar por infractor porque vos sos el infractor. Ahora porque ni los has registrado en el Registro Civil, no los has mandado a la escuela cuando tenían su edad... así que vos te van a meter para adentro porque vos sos el infractor. Yo contenta de que uno de mis hijos salga a buscar trabajo, vos no tratando de perjudicarlos ahí... ¿acaso vos los vas a mantener toda la vida? Yo creo que no - contestó Luis. Bueno, ¿y entonces? - le dijo Luz.

Luis dio por perdido a su hijo Leandro y se volvió a la casa en Chitigua. Después de eso, se desquitó con la otra hermana, con Natividad. En la casa sólo quedaban Pedro, el mayor, Natividad, Matiasa y la madre. Seguramente el viejo se reconcentró más en sí mismo, más silencio y más desquite con los que quedaban. Natividad también arrancó al poco tiempo y se fue a vivir con su hermano Dionisio. Pero en su huida lo pasó muy mal. Don Leandro nos cuenta que “no podía dar su nombre ni hablar con nadie... es que no le daban de comer, la tenían de esclava para pastera de los animales, como cientos de animales... y no le daban comida ni lana para que se trabaje y venda y se consiga...”

El proyecto familiar en Arcas terminó mal, con casi todos los hijos escapados del lugar. Un día le preguntamos a don Leandro si sabía por qué su padre había sido así. Nos comentó que se lo había preguntado muchas veces, que lo había conversado con su hermana Matiasa y con algunos otros parientes y que seguía sin encontrar respuesta. Luisa Huanuco le había comentado que era de ese carácter porque tenía ascendencia española. Sin embargo, su papá aborrecía a los españoles y hablaba muy mal de ellos “porque decía que esos mataron al Rey Inca, que todos los abusos más grandes cuando entraron aquí, decía que fueron de los españoles...”.

A Luis Aymani le tocó la transición entre un mundo antiguo que seguía funcionando más o menos igual a como lo habían conocido sus antepasados desde hacía 400 años y un mundo diferente donde aparecían nuevas personas, nuevas actividades, nuevas posibilidades. Y él, que estaba preparado para lo anterior, seguramente percibió que esos cambios eran una amenaza, el fin del mundo en el que había crecido y cuyo orden comprendía y valoraba. Incapaz de enfrentar la fuerza de esos cambios, escogió el aislamiento, alejarse con los suyos y mantenerlos lo más ajenos posible de esta nueva civilización.

Pero a don Leandro era justamente toda esa novedad la que más le atraía. “Si yo por parte mía no más arranqué de la casa y entonces la aspiración mía era saber vivir, aprender a trabajar, aprender a comer, a vestirse al gusto de uno, y que no era difícil. Al principio claro anduve dando la hora, sobre todo porque no tenía ningún documento...”

La historia de don Leandro sigue entonces en ese “mundo” en el que quería aprender a vivir y que comenzó a



► Paisajes que recorría don Leandro cuando viajaba desde Chitigua a Conchi Viejo.

conocer y a explorar desde entonces. No era ya un niño o un joven. Tenía cerca de 35 años cuando llegó a El Abra en busca de trabajo.

Sin embargo, nunca se olvidó de su familia, y como él empezó a recibir su salario desde mediados de los años 70 y sus necesidades eran mínimas, se preocupaba entonces de abastecer a la familia. *“Si yo hasta el último les mandaba mercadería para allá. ¿De a dónde iban a sacar que comer poh, si él ya no podía salir, estaba muy anciano? Yo no ve que trabajaba en la mina, de ahí les mandaba para allá, tampoco les guardé represalia”.*

Con el paso de los años la relación con su padre evolucionó, Luis Aymani se suavizó un poco con él. Incluso, don Leandro lo llevó por un tiempo a vivir con él en El Abra.



“Después lo traje para acá, para El Abra, porque peleaba mucho allá con mi mamá también. Le hacía pasar mala vida, por eso lo traje para acá a la mina”.

Pero el viejo quería siempre volver a su tierra en Arcas. Más allá de la incomprensión y de la duda que tendrá para siempre sobre los motivos de la conducta de su padre, don Leandro no se olvida que al fin y al cabo era su padre igual y cuando se refirió a él en nuestras conversaciones, siempre lo hizo con respeto por su autoridad e incluso con cariño. Don Leandro siempre admiró mucho a las personas que sabían y ante sus ojos infantiles y juveniles, su padre era un hombre que sabía mucho, que sabía cómo tratar a la gente, que había recorrido muchos lugares, que conocía las costumbres y tradiciones. Su mayor pecado fue no haberle enseñado más cosas a su hijo.



Y EL MUNDO ERA EL ABRA





Don Leandro escapó con su burro y algunas pertenencias, todo aquello que podría necesitar para sobrevivir. Lo mejor que tenía en ropas, algunos utensilios, algo para comer en el camino. Dirigió sus pasos primero hacia el Loa y llegó a Conchi Nuevo, donde había una instalación militar y otras del Estado. Ahí le sugirieron que hiciera el servicio militar, que estuviera dos años en eso y que después buscara trabajo en el ferrocarril. Pero don Leandro tenía más de 30 años y no se había escapado para entrar al servicio.

“Yo no he salido con destino de hacer el servicio militar. Yo quería aprender a trabajar, conocer de la vida, como es el trato, comer de lo que a uno le cueste su trabajo, vestirse de lo que le cueste su trabajo... ese fue el destino mío, no me importaba hacer el servicio militar”

Él quería trabajar, ganarse la vida por sí mismo, poder tener dinero para comprar sus cosas, ser independiente. Conchi Nuevo no era el lugar adecuado para eso, así es que al día siguiente partió rumbo a Conchi Viejo, pero el pueblo estaba vacío. Incluso el criadero de chinchillas estaba cerrado. No había opción para trabajar ahí tampoco.

Decidió entonces seguir hacia las faenas mineras de San José del Abra para pedir alguna oportunidad de trabajo a los contratistas que había conocido en los viajes de cambalacheo con su padre. Con la incertidumbre y el temor propio de una persona que ha vivido los primeros treinta años de su vida aislado del resto de la realidad, sin saber a qué tendría que exponerse y cómo desenvolverse en este nuevo mundo que sólo había visto de reojo en los viajes de intercambio que había hecho con su padre en décadas anteriores, llegó a San José del Abra, donde había por entonces una explotación minera de mediano tamaño llamada Mina Ojo de Gallo.

“Este fue mi terruño que me enseñó a hacerme hombre, El Abra. Me vine en busca de trabajo. Claro, como el capataz, el administrativo que era Horacio Rojas, me conocía que tiempo, años ya, de vista no más, entonces me dio trabajo. Y estaba lloviendo, a componer la huella para que no pare el tráfico para sacar material de sílice para Conchi, al ferrocarril. Todos los días arreglando la huella, sin ningún documento”.

Así comenzó la nueva etapa de la vida de Leandro Aymani, arreglando el camino que bajaba desde la mina hasta Conchi. Instaló sus pocas cosas en su habitación y se puso a trabajar duro...

Una historia minera de miles de años



San José del Abra era el nombre de todo el sector en el que se encontraban distintas minas, ubicadas un poco más al norte que Conchi Viejo, como Mina Anita, Diógenes, Veta María, San Pablo, Empalme, La Verde, todos nombres presentes en esta larga historia.

Pero la historia de la minería en estos lares había comenzado mucho antes. Se presume por distintos vestigios arqueológicos, que grupos de cazadores recolectores habitaron estos espacios desde 6000 años antes de Cristo. Sin embargo, las primeras evidencias de minería corresponden a períodos posteriores, aproximadamente hacia el 200 D.C. Esos pioneros ocuparon el sitio de Ichunito y explotaron ocasionalmente alguna de las vetas de cobre más importantes, como la de Cerro Turquesa, mientras se dedicaban a otras actividades como el pastoreo y la caza, cuyo rastro se encuentra en las puntas de flecha que es posible encontrar en los sitios arqueológicos.

Estas puntas siempre causaban la admiración de don Leandro que contemplaba con fascinación la delicadeza del trabajo de esos artesanos prehistóricos que ocupaban piedras como la calcedonia y la obsidiana para elaborar sus armas, muchas de ellas no disponibles en sector de El Abra, sino en la orilla del río Loa, distante a más de 25 kilómetros de esta localidad de Ichunito. Esto le llamaba la atención a don Leandro y se preguntaba cómo podían viajar tanto en busca de las piedras que no existían en esos territorios.

Aparentemente, la producción minera estaba orientada al uso ritual y la elaboración de adornos, ya que las herramientas siguieron siendo elaboradas en piedra, madera o hueso, aunque ya en esta época los indígenas tenían conocimientos de metalurgia y eso les permitió elaborar los primeros artefactos, posiblemente para el uso de grupos dirigentes.

Uno de los rasgos más interesantes de la investigación arqueológica y etnográfica en este sector es que se encuentran sitios que resumen todas las etapas de la historia humana en el lugar en sus distintas ocupaciones. Ichunito, el sitio nombrado más arriba, es un excelente ejemplo de esto. Ocupado intensamente por los primeros mineros hace miles de años, llegó incluso a ser ocupado por el propio don Leandro y su familia en la segunda

mitad del siglo XX. Recorriendo sus construcciones, don Leandro nos comentaba que estaba... *"igual, igual, cuando llegué estaba igual... ya no se ha caído más. Parece que ahí vivía gente, más que serían los antiguos. Pero también ha vivido gente después. A mi parecer ha sido de pastoreo ese corral, ya del tiempo de la gente"*.

Así, la historia antigua de estos parajes y sus primeras ocupaciones, se empalman con la propia experiencia de don Leandro y sus antepasados directos. Los mismos lugares, las mismas estrategias de ocupación y de uso de los recursos naturales.

Al igual que los primeros mineros, don Leandro tenía la costumbre de evaluar la eventual presencia de mineral observando los rastros superficiales. Asombrados con los múltiples colores del suelo y las rocas que se podían observar en algunos lugares, nos explicó su opinión diciendo *"distintos colores hay aquí, porque dicen que hay riqueza pero yo digo que no. Donde hay partículas o filtraciones de lumbre o millo que llamaba antes, eso hace cambiar de color a los cerros. Ahora, para la profundidad, yo no sé, eso ya tiene que ser un sondaje o gente muy estudiada. Pero por mí, son colores distintos porque tiene señas de lumbre o millo. Dicen que aquí han encontrado un nuevo yacimiento pero yo no veo tanto color como para que hayan encontrado un yacimiento. Tal vez estará reservado todavía"*.

Pero la historia continuó, y los antiguos habitantes atacameños recibirían luego la influencia de los grandes imperios andinos, tales como Tiwanaku en el Lago Titicaca (500-900 D.C.) y los Incas en el Cusco (1450 D.C.). Durante estos años de influencia los atacameños especializaron aún más su actividad minera, aumentando la cantidad de gente en las minas y los volúmenes de producción. Testimonio de estas épocas de gran actividad es el fabuloso campamento construido por los Incas en la quebrada de Cacicsa. Caravanas de llamas subían y bajaban hasta las sierras trayendo los productos necesarios para alimentar a los mineros de El Abra y para llevar el mineral verde y el metal rojo a todo el mundo andino a través de las rutas comerciales. Los indígenas locales eran actores fundamentales de este proceso, pero ahora como parte de un engranaje mucho más grande que articulaba cientos de pueblos y miles de kilómetros de geografía Andina.

Durante este período, también se practicó la metalurgia en este sector, es decir, la transformación del mineral en metal a través de su fundición en hornos. En Ichunito y otros campamentos mineros de la época, se despejaron espacios para poder fundir las menas de cobre que habían extraído anteriormente. Algo similar ocurría en la quebrada Agua de Llaretta y en las cercanías del actual pueblo de Conchi. Don Leandro conocía los distintos lugares en que habían quedado hornos de fundición de la antigüedad. En su comprensión de los procesos históricos, deducía que si había rastros de cerámica o puntas de flecha solamente, debía tratarse de indios y, por lo tanto, actividades de mayor antigüedad. Si había rastros de vidrio, de latas y alambres, se trataría entonces de actividades de pirquineros y serían por lo tanto de lo que él llamaba "el tiempo de la gente".

En vez del sistema de pequeñas minas dispersas por la localidad, los Incas decidieron concentrar a los mineros en torno a la única veta de turquesa del sector. Allí se trabajó durante varias décadas de los siglos XV y XVI, rompiendo las laderas de los cerros con los mismos martillos de piedra que siempre usó el minero atacameño. Sobre este lugar nos decía don Leandro *“más que está esa turquesa, dicen que era el valor para esa gente de aquellos años... sería más fácil para trabajarla también. Por eso han hecho grandes trabajos ahí en las turquesas, así llamaron ahora último pero antiguamente, según dicen, que la gente lo ha nombrado Incahuasi... es que se llamaba Incahuasi”*.

Un segundo centro minero funcionaba en las inmediaciones de la quebrada San Pedro de Conchi. Estaba especializado en la producción de óxido de cobre, que también eran reducidos, seleccionados y almacenados en bodegas.

Las rocas minerales seleccionadas en ambos complejos mineros eran trasladadas en lomos de llamas hacia diversos destinos. La primera parada en esta travesía era Conchi Viejo, donde por entonces funcionaba un tambo o posada donde el caravanero podía descansar antes de proseguir su marcha.

Los caravaneros desarrollaron una particular religiosidad ritual y la costumbre de pedir protección y buena fortuna a los espíritus de los cerros. En cada abra cordillerano o en cada pampa que enfrentaba a los cerros tutelares, el caravanero andino hacía un alto para arrodillarse un momento y rogarle a sus divinidades mientras esparcía ante ellas sus ofrendas. Estas incluían la infaltable hoja de coca, algunos sorbos de chicha, conchas oceánicas trituradas y, muy especialmente, mineral de cobre molido.

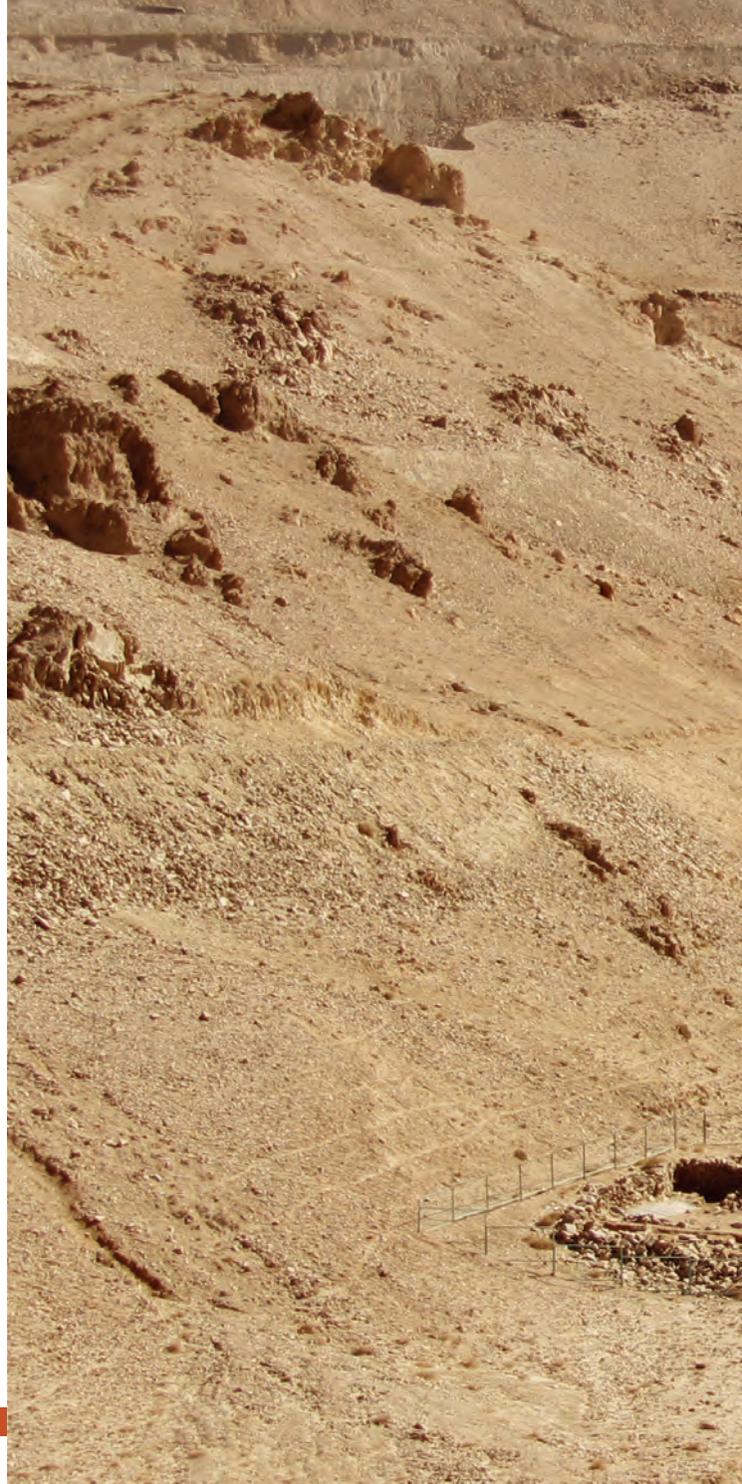
Don Leandro nos había comentado que en cada portezuelo, cerro importante o punto alto de los caminos era posible encontrar las apachetas, hitos de piedra que los caravaneros ocupaban para marcar puntos del camino y hacer sus ofrendas. Él había visto muchas a lo largo de los años y nosotros pudimos comprobarlo recorriendo algunos de los caminos troperos que cruzan el terreno de El Abra. Al llegar a los pasos marcados, era posible encontrar los montículos de piedra y algún rastro de pagos realizados. Los materiales orgánicos, como la hoja de coca, la harina y el maíz han desaparecido, pero restos de mineral de cobre molido persistieron en el tiempo como mudos testigos de las costumbres de reciprocidad y pago a la tierra que don Leandro tanto valoraba. Y en sus propios relatos de las experiencias de viaje con su padre, esta forma de pago a la tierra aparecía también de manera constante.

Como herramientas, los mineros indígenas siguieron usando martillos y mazos de piedra y posiblemente algunas cuñas y palas de piedra, madera y hueso. Don Leandro nos dijo que los *“pedacitos de huesos del cuadril del*

animal, esos siempre hay (en las minas). Decía mi padre que era para cavar..., se presta, no ve que es angostito y de ahí se enancha, así la cadera es que se llama, con ese es que cavaban. (Su papá) sabía por cuento que lo usaban (la pala de hueso) igual que la palita de piedra. Esa era una piedrita plana pero siempre tienen un lado para agarrar. Las piedritas de chancar, esas sí que en El Abra hay muchas. De esas que yo llamaba martillos, estaban así usados, gastado de un lado donde chancaban ahí en las turquesas”.

Recorriendo los lugares donde se desarrollaron las faenas mineras, es posible encontrar diversos testimonios de la actividad. Al respecto, don Leandro recordaba las explicaciones de sus antepasados quienes también se dedicaron a estas faenas y probablemente heredaron parte de los conocimientos de los mineros prehispánicos. Los martillos líticos eran una de sus observaciones preferidas. Nos decía que *“éste se adapta a la mano porque está áspera, pero ésta está lisa, pucha que lo han usado hartito. Es como tipo cuarzo pero se consumía y está liso. Todavía les decían haber tenido cintura, ahí está la cintura que le hacían a la piedra (para enmangarla)”*

La llegada de los españoles y la caída del Tawantinsuyu o Imperio Inca, llevaron al abandono de la producción de cobre en San José del Abra. Los mineros debieron volver probablemente a sus comunidades de origen para comenzar el lento proceso de integración al mundo colonial.





► Complejo minero Inca ubicado en San José del Abra.

Minería colonial



Durante aproximadamente 150 años, las minas de El Abra permanecieron ocultas y abandonadas. Sólo a principios del siglo XVIII, este sector fue redescubierto y su potencial minero volvió a ser explotado. Las buenas posibilidades económicas que ofrecía la explotación de cobre para el mercado abierto en la ciudad de Potosí hicieron que algunas familias de indígenas tarapaqueños, mestizos y españoles decidieran establecerse de manera permanente en el lugar y comenzaran a explotar el yacimiento de manera sistemática. Las crecientes demandas de cobre para la Casa de Moneda y los ingenios de plata de Potosí, así como para la fabricación de cañones, campanas y artefactos domésticos en general, generaron un auge en la explotación y beneficio del metal rojo en la actual II Región de Chile, con especial fuerza a contar del siglo XVIII. Es así como se funda el pueblo colonial de Conchi y se da comienzo a un rápido pero limitado proceso de repoblamiento del lugar. El asentamiento colonial se encontraba entonces un poco más al oeste del actual, específicamente bajo la Iglesia, que fue construida recién en 1840, donde todavía pueden verse los restos de algunas viviendas y sus enormes basurales.

Las principales minas que debían explotar se encontraban hacia el suroeste del poblado, a menos de un kilómetro de distancia, en lo que hoy conocemos como Mina Anita. Hasta allá se desplazaban los esforzados mineros provistos con herramientas similares a las prehispánicas, a las que habían añadido algunos mazos, combos y barretas de hierro que aportaron los españoles. El mineral era trasladado a Conchi donde era fundido en hornos de piedra y arcilla que habían dispuesto junto a las viviendas o en las cimas de los cerros cercanos, donde aprovechaban los fuertes vientos como tiraje natural para aumentar la temperatura. Durante los años de apogeo del mineral de Conchi, El Abra fue una zona marginal. Algunos mineros habían subido a este sector e incluso habían mantenido por un tiempo explotaciones en el sector actualmente conocido como Veta María, pero los fríos invernales y las dificultades de transporte los obligaron a abandonarlas.

Es muy probable que las familias indígenas de Conchi hayan recurrido a las antiguas estrategias de complementariedad económica para sobrevivir en este pequeño poblado. Esta estrategia consistía en dedicarse a distintas actividades económicas ocupando diferentes espacios de la zona en que vivían, accediendo así

a productos y recursos necesarios para la subsistencia. Ante la imposibilidad del desarrollo agrícola, la respuesta de los indígenas fue el pastoreo, no ya de llamas y alpacas, sino de ovejas y cabras, introducidas por los españoles algunos siglos antes. Por esa época, en Conchi había más agua y pasto que en la actualidad, sin embargo no era suficiente para alimentar a los animales, por lo que los pastores comenzaron a buscar las distintas aguadas y pequeñas vertientes que se esconden en las quebradas de todo el sector de Conchi y de El Abra, naciendo así las primeras estancias coloniales, muy similares a las que ocuparon los indígenas atacameños durante cientos de años atrás y que siguen siendo utilizadas en la actualidad.

Al mismo tiempo, se establecieron relaciones sociales y comerciales con las familias atacameñas que ocupaban estancias en el Alto Loa, especialmente en Santa Bárbara, Quinchamale y Lequena. Incluso, el intercambio económico luego dio lugar al establecimiento de relaciones de parentesco entre estas familias atacameñas y los forasteros tarapaqueños que habían llegado a Conchi.

En las distintas investigaciones arqueológicas que se han desarrollado, se han ido encontrando vestigios de herramientas y otros utensilios propios de las explotaciones mineras de las distintas épocas de la larga historia indígena de El Abra y Conchi Viejo. Contemplando esos restos del pasado, don Leandro ejercitaba su análisis y admiración por los antiguos habitantes, reflexionando *“cuántos años tiene que tener (una pala de madera hallada en el sitio de la quebrada de Cacicsa), tiene que tener muchos siglos, que era con herramientas de madera a donde picaban el cerro... ahora con un combo de fierro cuesta para carcomer la roca, bueno, ¿cómo es que la carcomían? Como que tenían un poder que la roca se hacía más blanda. Igual para hacer esas flechas, yo no sé como la labraban tan bonito. Ahora la cortan con diamante, como quieran la piedra, pero eso ya son con inventos. Esos años no, porque a pura mano bruta no más”*.



► Pueblo de Conchí Viejo.



Los vaivenes de la minería en el siglo XIX



A lo largo del siglo XIX, y después de la caída del imperio español, la explotación minera en el sector de El Abra siguió teniendo altos y bajos. La población de Conchi que había alcanzado su máximo esplendor la primera década del siglo XIX fue desapareciendo, llegando al despoblamiento absoluto hacia 1920. La notoria disminución de la ley o calidad del mineral que se extraía y la aparición de agua que inundó muchos de los piques llevaron a que los costos de explotación subieran y el trabajo fuese abandonado.

La historia de estos años cuenta del esplendor que se vivió en 1808 con la llegada de un minero tarapaqueño llamado Asencio Barreda, quien descubrió vetas de oro en El Abra primero y en Conchi después. Se formaron las primeras sociedades comerciales modernas para la explotación de los minerales. Estas pequeñas empresas ya no estaban en manos de los indígenas sino de distintos comerciantes chilenos y extranjeros que adquirirían y vendían la propiedad de las minas, muchas veces en medio de conflictos y disputas ante las autoridades ubicadas en Antofagasta o en Calama.

El oro extraído era de dos piques llamados Empalme y Hacienda Vieja, ubicados en la zona de Veta María y de ahí se llevaba a alguna de las quebradas con más agua para poder lavarlo. Cuando estas quebradas se secaron, los mineros se trasladaron a Conchi Viejo y luego a Santa Bárbara, en el río Loa, donde instalaron el trapiche que aún hoy puede observarse en ese sector.

En 1857 las faenas se interrumpieron definitivamente. Algunas familias provenientes de Conchi, como los Aymani y los Galleguillos, aprovecharon de desarrollar pequeñas faenas extractivas a escala doméstica, cuyo producto final vendían en Calama o en Cobija. Otras familias de Conchi comenzaron a ser atraídas por las posibilidades de trabajo en Chuquicamata, Calama o Antofagasta. Y los restantes se fueron dedicando en forma creciente al pastoreo en las estancias del Loa. Por varias décadas, el sector fue abandonado.

Rastros de la actividad minera del siglo XIX se encuentran en distintos rincones del sector de El Abra y Conchi Viejo. Don Leandro nos guiaba por ellos, ayudándonos a identificar y entender la historia minera.

"Canchas, ¿dónde pueden quedar? Ya casi no quedan. Esa se llama cancha para amontonar el metal, la cancha realizadora es otra. Ahí se realiza el metal, se escoge lo bueno y lo malo, y ahí se va tirando a la cancha acumuladora".

Don Leandro también recordaba que algunos de sus antepasados trabajaron en la minería de aquella época de transición, entre la antigua minería indígena y la industrialización del siglo XX.

La industrialización de la minería en El Abra



Las faenas mineras en El Abra fueron retomadas oficialmente en las últimas décadas del siglo XIX cuando se forma la Compañía de Minas El Abra. La empresa llegó a tener 53 trabajadores en faena, el contingente más grande desde la época de los Incas. Algunos de estos trabajadores fueron personas de Conchi que se emplearon como peones asalariados por el tiempo en que duraban las explotaciones.

La Compañía construyó un camino carretero para unir San José del Abra con Conchi Viejo, que sigue las quebradas California y Lagarto. Sin embargo, el camino fue destruido por aluviones y actualmente es posible ver algunos pequeños segmentos en una de las laderas de la quebrada Lagarto. De esta manera, el transporte del mineral siguió siendo un obstáculo relevante para la producción en el interior de El Abra.

Con la Guerra del Pacífico, el territorio de Conchi Viejo pasó a manos del Estado de Chile. Decenas de peticiones de inscripción de propiedades mineras del sector de Conchi y El Abra fueron presentadas ante los jueces letrados de Antofagasta.

Ésta es la época del auge de los pirquineros en San José del Abra. Llegaban en masa a emplearse en las faenas desarrolladas por algunos emprendedores y capitalistas de la región. Los pirquineros también desarrollaron sus faenas independientes, estacando sus propias minas.

Los pirquineros venían en su mayoría desde otras regiones del país, en especial de las regiones de Atacama y Coquimbo, curtidos en la vida solitaria de los cerros desérticos y la fatigosa tarea de extraer de ellos los minerales. Sólo unos pocos indígenas o habitantes de Conchi trabajaron en El Abra durante este período, y ya muchas familias se habían trasladado a vivir a otros sectores, aún cuando nunca perdieron su vinculación religiosa con el pueblo de sus antepasados.

En los recuerdos y el imaginario de don Leandro permanecieron algunos relatos sobre esta época que escuchó de su padre. Lejos de las grandes ciudades, con dificultades importantes para llegar hasta ahí, aislados del mundo, en El Abra y Conchi se regían por su propia ley, y los mineros y habitantes debían conocerla y respetarla para poder sobrevivir. Los conflictos se resolvían directamente, con las manos o las armas.

Se utilizaba la pólvora para dinamitar las minas y remover el mineral, que terminaba en el chancado secundario. *"Con pólvora negra, si esa era la que existía, dinamita no. Y más antiguamente no poh, todavía no había ni pólvora -comentaba don Leandro mientras recorríamos las ruinas de Veta María- Si estos han sido picados muy antiguos, pero después han pasado por distintos dueños".*

La selección de mineral triturado a golpe de combos se realizaba a mano y en el caso del oro se lavaba en sencillas bateas que eran sumergidas en las escasas fuentes de agua para aconchar las menas metalíferas.

Cuando trabajaban para una empresa, los pirquineros construían sus casas alrededor del yacimiento explotado y recibían una ración de alimento diaria, consistente en guisos de porotos y papas, que consumían haciendo un alto a su esforzado trabajo. Los pirquineros independientes solían ser más pobres, vivían aislados en los cerros junto a sus minas, y muchas veces debían procurarse su propio alimento, construyendo trampas para animales o intercambiando productos con la gente de Conchi. Como pasó otras veces en la historia, estas relaciones comerciales se convirtieron en relaciones matrimoniales, y de esta manera, muchos pirquineros pasaron a formar parte de la comunidad de Conchi. Sus apellidos figuran hasta hoy en las listas de socios de esta centenaria comunidad indígena.

La familia de don Leandro también participó de estas faenas incluyendo a su abuelo, su tío abuelo (que fue padrastro de Luis) y a su padre mismo.

"Dice mi padre que cuando era chico, dice que trabajaban ahí su padrastro, su padre mismo, pero ya eran minas mismas. (Mi padre) no trabajaba mucho, pero su padre (el abuelo de don Leandro) estaba más arriba con su padrastro, ese era minero neto, este Salomé Galleguillos".

Él trabajó como pirquinero independiente y, según los recuerdos de don Leandro, tenía pertenencia en la Mina La Verde, aunque por motivos varios perdió la pertenencia, teniendo que moverse a algún otro punto de explotación, por ejemplo en Vizcachilla.

"La Verde no más, pos si es que lo pidió, más antes ha sido de otro pero en ese tiempo estaba fuera de la pertenencia, lo pidió Salomé. Descubrió Salomé que tenía buen cobre y lo pidió. Y ahí trabajó mi padre o sea estaba chico, en aquellos años, pero Salomé es que trabajaba. Es que llevaba el mineral para abajo en carretas claro, es que vendían abajo, no había compradores aquí...".

Ahí trabajaban con dos o tres personas a su cargo, más la familia. Algunos de esos trabajadores eran personas de la misma comunidad, aunque también había muchos pirquineros que llegaban desde el sur. Recordando la

antigua necesidad de complementar las actividades económicas, la esposa de Salomé y madre adoptiva de Luis Aymani, doña Marcelina Aymani se dedicaba también a otras labores, *"es que lavaba ropa aquí también para los mineros y es que juntaba cuatrocientos pesos con la mina y con la lavada... y con eso iba pero traía la carretita cargadita de mercaderías"*.

Otra antigua tradición que se mantenía era la presencia de las familias completas en las faenas mineras. Don Leandro lo recuerda diciendo que la gente vivía aquí *"con toda su familia. Estaban todos los hijos, las señoras, todo, vivían no más, no de tele, ni el teatro, ni la película, nada. No existía en esos años nada que les atraiga para la ciudad. Así que vivían aquí mismo las dueñas de casa. Se iba el viejo a la mina, se iba toda la familia. También los niños, todos los niños. Parece que la promesa de ellos era ir a buscar cuando iban a hacer tortillas rescoldeadas así, a buscar leña, el guano de los animales, eso tronquitos de esos montes... es que iban en sacos a buscar la leña"*.

Al igual que en el caso de doña Marcelina, *"las mujeres eran las cocineras, las lavanderas, panaderas... si ya había harta familia. O sea, varios con familia. Si se venían mujeres y todos a trabajar. Por eso iban al Abra, ahí a Catari, Vertiente Grande. Unos pocos pastores que habían también tomaban agua para los animales. Ahora quedó todo para la historia, eso de lo poco y nada que se sabe. Y ya no existe gente viviente por acá"*.

Auge minero en El Abra (1906-1916)



A comienzo del siglo XX llegaron nuevos capitales de inversión al sector, algunos de ellos extranjeros. Se forma la “*Compañía de Minas i fundición Calama*”, la cual adquirió derechos de explotación sobre buena parte de las faenas existentes en la localidad. Se inicia así el tiempo que don Leandro llama “*de los ingleses*”. Un par de décadas antes se había habilitado el ferrocarril Antofagasta-Bolivia, parte del tratado de tregua firmado con Bolivia al finalizar la Guerra del Pacífico, junto a cuya línea principal se agregaron después algunos ramales menores, como el que unió Calama con Chuquicamata y la estación Conchi con el pueblo de Conchi Viejo.

El transporte del mineral mejoró ostensiblemente con la construcción de un ferrocarril de trocha angosta tirado por mulas desde Veta María hasta Conchi Viejo. Aquí el mineral era trasvasijado y cargado en el ferrocarril que partía hacia la estación Conchi y luego a Calama, donde era finalmente beneficiado en la fundición de Chorrillos, también de propiedad de esta empresa.

Estos años constituyen la época de mayor actividad minera en la localidad, tal como lo registra el destacado geógrafo Luis Risopatrón, cuando afirma en 1910 que el mineral de El Abra era el segundo en importancia en la provincia de Antofagasta, después de Chuquicamata.

Los rastros de las viviendas y corrales de animales son vestigios de la febril actividad de esos años. “*Las tropas – dice don Leandro – no ve que ese es el único medio (de transporte)... burrada y también mulares. Pero los burros eran los más cómodos porque gastaban menos... los que tenían más plata tenían mulares. Uno que otro de los administrativos tenía caballos también*”.

Veta María llegó incluso a tener una pulpería, cuyos dueños eran de la familia Araya. Ahí podían abastecerse de distintos productos, incluyendo el alcohol y las balas, dos elementos indispensables en esos años. Al padre de don Leandro le tocó vivir directamente esa época.



► Fiesta de la Virgen del Carmen en Conchi Viejo, 16 de Julio de 1940.

Archivo Robert Gerstmann
Biblioteca Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

“Los chiquillos no podían tomar un arma en esos años. No sé de qué edad, más menor de edad no podían tomar un arma, cuándo más disparar. Eran estrictamente privados los niños de tomar el arma. Él (su papá), veía de lejos no más... y dele blanco a las botellas. Decía que había pulpería, negocio, y ahí estaban las cajas de balas”.

La pólvora se traía en sacos, y en sacos venían también las botellas de cerveza y de otros licores que se consumían en las alturas. Era un problema el consumo de alcohol, especialmente por las peleas que se producían después. Las grandes cantidades de restos de botellas de vidrio que se encuentran en los basurales, especialmente en la ocupación de Veta María, son testigos de la intensidad de la vida en esos años.

Dos momentos especiales que don Leandro escuchó relatados por su padre ocurrían en la celebración del 18 de septiembre y el año nuevo. La mayoría los pasaba por estos lados, sin opción de ir a ver a sus familiares a otras ciudades. Se *“hacían fondas, grandes tomateras, bailes en Mina María, no ve que ese era el más grande. El día 18 era chipe libre para matar, desahogarse de los problemas...”*

Empresas internacionales y yacimientos abandonados (1916 -1970)



Sin embargo, la prosperidad no duraría mucho. En 1916, la Compañía minera Calama debió abandonar las faenas en Veta María y El Abra y vendió su propiedad a la Chile Exploration Co., una sociedad formada con el propósito de prospectar y explotar el mineral de Chuquicamata. Trece años más tarde, la sociedad fue comprada por la Anaconda Copper Company, que por entonces ya era propietaria del mineral de Potrerillos.

Por esos años, los capitales extranjeros y sus representantes se apoderaron de todo el sector, *“ahí pescaron El Abra también poh, si no ve que El Abra es que era de cada uno no más poh. Si por ejemplo yo quiero trabajar, ya, ponía unos linderos por acá, por allá, sin cercos. Listo, esa era su pertenencia y eso se respetaba”*. Pero eso cambió cuando llegó a mensurar todo mister *“Perke”*. *“Mensuró todo, todo – dice don Leandro – y mi padre como ya andaba por ahí, venía ya de Chitigua, es que le dijo “bueno, y ¿cuáles son los dueños?” ¡Y qué dueños iban a aparecer cuando ya lo sacaron todo lo mejor, para ellos el óxido era una piedra que no tenía asunto! No ve que en esos años era metal de baja ley, que iban a estar reclamando por esas cuestiones. ¡No apareció ni uno! Y así se apoderaron de El Abra”*.

Sin embargo, los propietarios no realizaron ninguna explotación sistemática en los yacimientos de El Abra, por lo que el sector fue abandonado durante muchos años. Por entonces también el pueblo de Conchi también estaba casi deshabitado.

“Eso, del año treinta y no sé cuantos años más, de por ahí ya quedó abandonada... del tiempo cuando los ingleses sacaron una línea chiquita por ahí, después de eso quedó paralizada la mina...”- acota don Leandro.

Casi 40 años duró este silencio, que fue interrumpido cuando algunos pirquineros se tomaron ilegalmente las minas desocupadas para trabajar en ellas. A diferencia de la situación del siglo anterior, ahora las comunicaciones si funcionaban y el cuidador de El Abra dio aviso a las autoridades, quienes enviaron a personal de Carabineros a desalojar a los mineros.

La Mina Ojo de Gallo



Quizás a raíz de este hecho, los propietarios de El Abra decidieron habilitar faenas más sistemáticas en el sector, pero esta vez a cargo de un grupo de contratistas de Chuquicamata cuyo objetivo era obtener sílice para utilizarlo como fundente en sus hornos de fundición. Las operaciones extractivas principales se realizaron en Veta María y la mina Ojo de Gallo. El mineral era enviado por una precaria huella vehicular hasta la estación de ferrocarril Conchi, y de ahí a Calama, recuerdo del antiguo camino carretero destruido por los aluviones.

“Con la gente que llegó al Abra –cuenta don Leandro – ahí empezó a arreglar ese camino para entrar camiones. Porque este caminito fue ya hecho pero de carretas. Y con los años que llovía estaba hecho tiras... no existía más dicho, solo en partes se veía y en partes no. Ese año 56 ya empezaron a arreglarlo”.

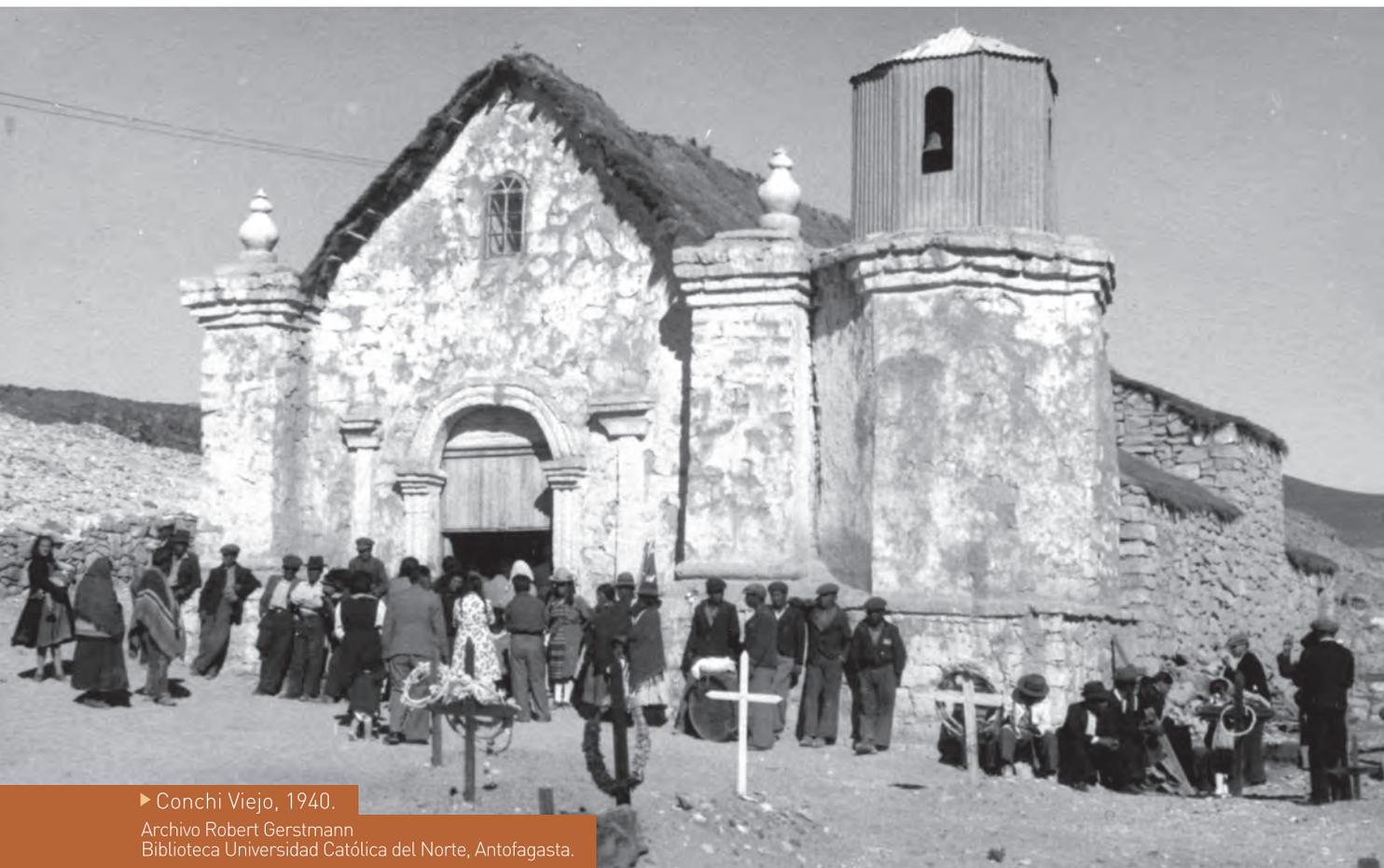
El campamento minero se encontraba en el mismo lugar donde está el rajo grande de la mina actual, al lado de lo que era, por esos años, la mina Ojo de Gallo, cuyo nombre viene de una deformación del nombre de una planta que crecía en abundancia en el sector y que se llamaba Ojalar Pata de Gallo. Don Leandro nos explicaba que *“en estas quebradas la Ojalar y la Copacopa abundan. Por algo se llamaba Ojalar Pata de Gallo y original nombre del ojo de gallo. Pero después ya no supieron que significaba esta palabra, mejor dijeron tiene que haber sido ojo de gallo”*

Y así quedó bautizada la nueva mina.

“Primero – dice don Leandro - llegó Juan Santiago, primer administrativo, después entró Horacio Rojas Munizaga, el viejo, en 1957. Después le pasó el poder al hijo, Horacio Rojas Herrera. Ese estuvo como contratista aquí mucho tiempo. Aquí donde está el corte grande, ahí estaba el campamento. Horacio hizo unas casas de piedra”.

En esos años, el papá de don Leandro venía desde Chitigua a cambalachear productos con los mineros de El Abra y así fue como don Leandro conoció a la gente y el lugar. Empezaron a venir después del año 57, porque se consolidó la presencia de gente en este sector. *“Si ya después el 56 – dice don Leandro – nunca quedó solo el Ojo de Gallo, porque ya puso explotación Horacio”.*

En 1971, el Congreso Nacional aprobó la nacionalización de la minería del cobre, por lo que el mineral de El Abra pasó a manos de Codelco, en particular de Cobre Chuqui, quien a su vez arrendó el mineral de Veta María a Enami en ese mismo año. Por su parte, Enami subarrendó el mineral a grupos cooperativos, desarrollando de manera paralela un programa de sondajes y prospecciones que culminó con la formación de la “Filiat de desarrollo Compañía Minera Veta María”, en octubre de 1972, la que mantuvo trabajo de explotación en dicha zona hasta 1976, cuando Veta María y San José del Abra quedan definitivamente abandonadas.



► Conchi Viejo, 1940.

Archivo Robert Gerstmann
Biblioteca Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

Don Leandro en El Abra



Fue en esos movidos inicios de los años 70, en medio de convulsiones políticas, cambios económicos y revoluciones sociales, cuando Leandro Aymani llegó a trabajar a este lugar, instalándose en el campamento de Ojo de Gallo. Su primer trabajo fue el arreglo de la huella vehicular por la que se llevaba el mineral a la estación de ferrocarril. Ese fue un año muy lluvioso, y las aguas que caían por las quebradas y cerros cortaban el camino constantemente. Con pala y picota había que hacer muros, diques, despejar lugares, rellenar y restablecer la huella caminera. La provisión de sílice no podía parar y el camino tenía que estar disponible para el tránsito de los camiones. Don Leandro empezó a conocer el nuevo mundo que había buscado y soñado desde hacía muchos años. Alcanzó a trabajar poco más de un año bajo las órdenes del contratista Horacio Rojas, viviendo en el campamento como uno más del grupo.

Don Leandro recordaba esos años al contarnos que *“después ya el 72 se lo tomaron (las minas), el 20 de febrero, vino un grupo de viejos y pusieron una bandera chilena y quedó tomado, es que en ese tiempo existían las tomas, se lo tomaron y ahí estuvo como un mes, había cooperativas aquí, cooperativa en Veta María, otra cooperativa allá en el Ojo de Gallo. Entonces Codelco les pagó ahí en Ojo de Gallo para que no acepten más cooperativas, porque iban a hacer puras cuestiones raras no más. Aquí yo no sé como fue, pero pasó a Enami...”*

Horacio Rojas se fue, por temor a que los mineros le quitaran sus camiones y muchos de sus trabajadores también se fueron con él. Pero Don Leandro se quedó, principalmente porque no tenía donde ir y no tanto por convicciones políticas. Los mineros de la toma formaron la Cooperativa y le dijeron que se quedara. Habían empezado a conocer a Leandro Aymani y les pareció que era un hombre de confianza que podía trabajar con ellos. Hasta entonces, don Leandro había recibido comida y alojamiento pero no le habían pagado nada. Sus compañeros le dijeron que tenía que ir a Calama y demandar al contratista anterior. Y así fue como, sin carnet de identidad ni inscripción en el Registro Civil, terminó en la Inspección del Trabajo haciendo una demanda. Los contratistas trataron de defenderse diciendo que Leandro no había trabajado, que lo habían recibido por lástima, pero finalmente el Inspector dio orden de pago. Le dieron un cheque que no podía cambiar por no tener carnet, pero con ayuda de otra persona finalmente pudo obtener el dinero. Con el dinero que recibió pudo comprarse sus primeras ropas y otros artículos, como por ejemplo, una tijera para cortar lata que conserva hasta el día de hoy, ya que quería elaborar utensilios en la Mina. Luego, trabajó como ayudante de cocina. *“Esa era la pega mía primero, pero no faltó que al cocinero le hizo falta un ayudante, por eso sé que la cocina es harto*

ingrata... de toda la gente que había nadie aceptaba. Así que había que cocinar. Todos contestaban que –no, no le acepto compañero- en eso tiempos se trataban de compañero, no ve que era toma, así que puros compañeros –no le acepto compañero... dos o tres días no más, para ayudante del maestro (de cocina) –no le acepto compañero. Hasta que llegaba la vuelta donde mí –oye podías ayudarle al maestro, dos o tres días nomás- Ya, dije yo. No ve que yo recién llegado, que iba a poner condiciones todavía...”

La vida diaria en el campamento era dura y pesada. El frío de las noches e inviernos, el sol despiadado de los días. El viento helado que calaba los huesos. Las sencillas casa de piedra y techos de calamina no servían para aislar del frío que se dejaba sentir en las noches del desierto y de la altura. La minería había crecido en volumen de extracción y tecnología, pero distaba muchos de las condiciones que se desarrollarían décadas más tarde. En los años de los contratistas y de la cooperativa llegaron a haber más de cien personas trabajando en el lugar. Ser ayudante de cocina en esas circunstancias fue una difícil prueba para una persona acostumbrada a estar sola y tener tratos mínimos con el resto de la humanidad.

Don Leandro se iba encontrando con nuevas realidades que siempre había mirado con distancia y bajo la vigilancia de su padre. Viajó a Calama para obtener su primer carnet de identidad, toda una peripecia para un hombre de más de treinta años que no figuraba inscrito ni siquiera en el registro civil, aprendió a comer con tenedor, miraba las costumbres de los demás y trataba de aprender rápido. Dice don Leandro que no se sentía preparado para tantas cosas nuevas, *“no, preparado no, pero no me hallaba corto de aprender. Por eso, la primera vez (que fue) para Calama me servían la comida con tenedor... allá (en Chitigua) no había tenedor (para comer), solo para pinchar el pan o para revolver algún bistoco no más... y así que cuando sirvieron la comida, lo primero tenía que esperar que coman los dueños de casa. Y así que yo, como que era muy acostumbrado, como pescaban el tenedor y cómo cortaban y listo, yo también me ponía al tiro... iba mirando y aprendiendo y haciéndolo igual, y así que nadie se daba cuenta parece...”*

Así, su don de observación de la naturaleza y de los animales se fue extendiendo a la observación de los seres humanos y sus costumbres. El ruido, la algarabía de los trabajadores, el trato con los jefes y con los demás trabajadores.

De su casa había traído la costumbre de hablar muy poco y sin garabatos o groserías, mientras que muchas veces en El Abra le tocaba ver un trato vulgar y grosero entre las personas que ahí trabajaban. Su madre le había enseñado a tratar a todas las demás personas de *“señor”*. Pero este trato demasiado educado y deferente no calzaba con el del resto de los mineros, que se aprovechaban un poco de Leandro y su inocencia y lo hacían pasar malos ratos.

“Ya luego empecé a ponerme igual yo. Me puse un poco palomilla yo también y ahí ya estuve bien. No ve que así tienen que ser las cosas no más. Como me trataban trataba yo. A los que me trataban bien, ya los iba conociendo, también los trataba bien yo. Y al que me trataba mal, algo no muy bien lo trataba yo también. Y ahí estuve bien”.

Sin mayores contactos con su familia, sin obligaciones fuera de su trabajo, preparado por años en la dura experiencia de Arcas, don Leandro se adaptó rápido a los requerimientos en El Abra.

Las actividades mineras eran variadas pero fueron decreciendo. Codelco intentó organizar el trabajo de las cooperativas, luego vino el Golpe de Estado y la organización existente desapareció. Don Leandro tuvo su propia experiencia en esos agitados años del país.

Esos fueron los milicos, que por no pasé yo también si yo estuve encerrado en localidad de preso ahí en Chuqui, la gerencia, cerrado ahí sin comer, sin nada, de ahí me soltaron que me vaya pa mi casa y qué, adonde vivía yo en el Abra y así que traté de salir no me dejaron salir tampoco, antes no me mataron, de noche prendió una luz grande así un farol, "¡alto, pa donde va yendo!" "ando buscando alojamiento" le dije yo, no le dije ná voy saliendo pa salir fuera del poblado de Chuqui pa irme pal Abra, no, ando buscando alojamiento, "¡Devuélvase!", una voz de militar.

Y don Leandro volvió a Chuqicamata, pudiendo regresar a su casa al día siguiente. La actividad minera también se vio convulsionada por los acontecimientos y el trabajo disminuyó. Hubo algunos trabajos de sondaje liderados por Corfo y Codelco.

"Cuando yo llegué hicieron un túnel de muestreo, salida de agua y sondaje, fue lo único que hicieron. No hubo mucho trabajo de explotación después del 75".

Las difíciles condiciones económicas y políticas de la época mermaron el trabajo y, como tantas otras veces, el Abra se fue despoblando lentamente. Desde 1975, Leandro Aymani tuvo contrato como guardia y sereno y recibió su paga por esa labor. Por sobretodo, estaba acostumbrado a la soledad y el rigor del desierto, esa soledad y rigor que hacían mella en otros jóvenes que llegaban a trabajar en ese lugar, sin comodidades, sin vida social.

"A mi me preguntaban -¿te puedes quedar solo para el 18 (de septiembre) o año nuevo? Porque nadie quiere quedarse, todos quieren estar en sus casas con sus familias- y yo contestaba -ya no más, mejor solo que mal acompañado- y listo. Si esa ha sido mi vida, la soledad".

Y así entonces, Leandro Aymani rara vez salía del campamento. Ya había llegado al mundo y el resto le quedaba muy lejos. No había olvidado su experiencia como pastor y también en El Abra tenía sus animales, cabras. Los soltaba durante el día para que los animales fueran a los cerros a pastar mientras él trabajaba y en la tarde salía a recogerlos para encerrarlos durante la noche.

"Los animales salían todos los días al campo y volvían al campamento en la tarde. Tenía cabras no más. Por acá yo tenía mi camino para pasar en bicicleta. Ese era limpiadito con rastrillo para andar en bicicleta".

Así estaba otra vez en las quebradas y aguadas del desierto, como lo había hecho desde su infancia. Muchos de los lugares alrededor de la mina Ojo de Gallo él los conocía por haber alojado con su padre en los viajes de cambalacheo o intercambio. Sabía donde llevar a sus animales a pastar y donde buscarlos al caer la tarde. Y, como buen hombre de la tierra, también tuvo sus cultivos, que lo llevaron incluso a aparecer en el diario.

“Al lado de la mina, ahí sembré y salí en Las Últimas Noticias. Cuando llegó Juan Gana es que nos sacó fotos y salimos en el diario. Yo sembré cebollas, habas, ajo”.

En 1980, supo que su padre estaba bastante enfermo y que nuevamente le estaba dando muchos problemas a su madre. Como en ocasiones anteriores, don Leandro fue a buscarlo en su vehículo, se fue a través de la ciénaga buscando una pasada para llegar hasta Chitigua. El auto se le quedó en pana, tuvo que llegar caminando hasta la casa y supo que su papá estaba vivo todavía. Se demoró un par de días en lograr auxilio para poder arreglar su vehículo y, finalmente pudo traer a su padre con él a la mina.

Pero su situación de salud estaba muy mal y tuvo que trasladarlo a Calama, donde falleció en el Hospital. Entonces vino el problema de la sepultura, ya que Luis Aymani no estaba registrado ante el Estado de Chile, no tenía carnet de identidad ni nada. Nunca quiso regularizar sus papeles en vida, diciendo que para qué quería papeles si papeles no iba a comer. Don Leandro tuvo que hacer trámites ante el Servicio Médico Legal, esperar largas horas por firmas y autorizaciones y finalmente pudo retirar el cuerpo y sepultarlo en el cementerio de Conchi Viejo. En 1983, su madre también empeoró de salud, la trajo a vivir con él en El Abra y finalmente falleció en Calama y, después de trámites similares a los de su padre, también la sepultó en Conchi.

Desde finales de los años 70 hasta comienzos de los 90, don Leandro quedó como guardia y cuidador del sector. La actividad minera fue muy esporádica y consistió fundamentalmente en sondajes y exploraciones. Aparecían cuadrillas de trabajadores, a veces estadounidenses, a veces japoneses, estudiantes, exploradores. Pero sin explotación de ningún tipo. Con el paso de los años, los cambios en la minería comenzaron a acelerarse. El aumento de la explotación, la llegada de capitales extranjeros, la especialización del trabajo, la aparición de tecnologías cada vez más sofisticadas fueron insinuando la transformación de esta milenaria actividad. Don Leandro se fue dando cuenta que las cosas ya no eran iguales y que una nueva etapa se acercaba. Un día le comentó a uno de sus compañeros de trabajo *“ahora está bueno, que está principiando El Abra, pero está principiando para otros, para mí terminó El Abra”.*

Su compañero le preguntó si se iba triste y don Leandro le contestó que no, *“como me voy a ir triste pero yo le estoy diciendo que El Abra terminó para mí, está por lo claro que yo ya no voy a seguir más”.*

El propio don Leandro se daba cuenta de que el cambio en las condiciones de trabajo y la realidad que se venía no era la más propicia para él.

"Ya mucha gente, ya casi no iba a poder tener la cabras ahí dentro de la mina, no iba a poder vivir tranquilo ya. Para nosotros siempre ha sido el silencio, no importa que haya gente, pero siempre la tranquilidad del silencio, no ya esta inmensa faena. Ahora taparon todo, que no dejaron ni los cerros. ¿A dónde iría a vivir?"

Así estuvo trabajando hasta 1994. Una tarde en que nos dirigimos al sitio de Ichunito, pasamos por el rajo principal de la mina actual. Conversando sobre distintas cosas, don Leandro hizo su recuento de toda esta etapa diciendo *"el menso hoyo, ya ni se sabe donde viví yo. Paré 23 años ahí. Estaba primero como trabajador no más, después pasé como ayudante de cocina. El 75 entré como cuidador, de sereno tenía el contrato hasta el 94"*.

En ese año se terminó la relación laboral de don Leandro con El Abra y se fue a vivir a Conchi Viejo, por su cuenta y por sugerencia de Jorge Miranda, administrativo de Chuqui a quien conocía desde hacía tiempo, que le preguntó *"¿por qué no va a hacerse cargo de ese pueblito?"*.

El pueblo había quedado abandonado unos cinco años antes cuando murió el cuidador de la Mina Anita, perteneciente a la familia Luksic. Luego la comunidad intentó encontrar alguna persona que cuidara el pueblo, pero no fue posible encontrar a alguien que quisiera instalarse ahí.

"Y después que se murió ese viejito, no sé cómo, listo, no pudieron hallar porque todo al que le pedían es que pedía buen sueldo, pedía la mercadería, y movilización para bajar a Calama... no sé por cuánto tiempo se va y a lo mejor tenían que traer a otro reemplazante... El mismo que hacía de presidente en ese tiempo me dijo que no, Conchi no tiene fondos para eso. Entonces que me quedaba para mí, aquí está la llegada mía no ve que yo no iba a venir a que me paguen, tampoco que me contrataran... nada menos una voluntad..."

Rememorando su huida, su trabajo de esos años, los aprendizajes que obtuvo y los cambios que se produjeron en su persona y visión de mundo, don Leandro nos decía *"es un orgullo para mí, como siempre lo he dicho, haberme arrancado de la casa, porque ahí aprendí a vivir, aprendí a tratar y a atender a la gente. Ya me di cuenta al poco tiempo de ser responsable en la pega. Yo creo que cualquiera que diga yo trabajé por 23 años se tiene que dar cuenta al tiro que dio buen cumplimiento, porque si no, no aguanta, puede ser uno, dos, tres años y para fuera, o antes. Yo cuando chico prefería el desierto, pero ya después me adapté, me civilizé en el Abra, que esa ha sido la escuela para mí. Ahí supe que la vida no era esa (la soledad en el desierto), que uno tiene que tener roce con gente, tiene que tratar con alguien, porque solo absoluto uno no puede vivir"*.



SIEMPRE SE VUELVE A CONCHI VIEJO





Y como toda historia circular en que los ciclos y etapa se cumplen, don Leandro terminó volviendo al lugar en que sus ancestros se habían instalado muchos años antes. Llegó al pueblo silencioso y abandonado, recorrió su calle principal, miró la Iglesia ubicada en lo alto y experimentó la realidad de ser un Aymani que volvía a la cuna de los Aymani en el Alto Loa. Había venido por primera vez el año 1951, acompañando a su padre a la fiesta religiosa que organizaba la comunidad. Coincidió que ese año fue, según su recuerdo, la primera vez que venía una Banda oficial a la fiesta, costumbre propia de las festividades nortinas. Desde entonces, le tocó venir ocasionalmente en los viajes de intercambio o en las visitas religiosas que efectuaba su familia. Luego, ya instalado en la mina Ojo del Gallo de El Abra, tenía referencias más directas del abandono del pueblo, pero rara vez bajaba. No había nada para él en este lugar.

Pero en 1994, la comunidad de Conchi estaba buscando a alguien que cuidara el pueblo y don Leandro quedó a cargo de esa tarea. Existía una pequeña habitación que se usaba como sala comunitaria construida en los años 60 con el aporte de Horacio Rojas, contratista de las minas de El Abra, y ahí se instaló a inicios de ese año. Pero el lugar no le acomodaba, así es que durante los primeros meses cambió su vehículo por una propiedad al otro lado de la quebrada, con una vista desde lo alto, donde construyó una pequeña habitación. Lentamente, fue agrandando la casa para poder tener un espacio más propicio.

En esos primeros meses, su actividad era intensa. Trabajaba en la construcción de la casa, soltaba a sus animales para que fueran a pastar durante casi todo el día, llegaba en la noche, muchas veces tenía que salir a buscar a alguno de sus animales que se había perdido, comía algo y a dormir, para empezar temprano otra vez con la misma rutina.

Actualmente, don Leandro vive con su hermana Matiasa, que llegó a los pocos meses de ese mismo año 1994, en una casa ubicada en la ladera norte de la quebrada, desde la cual tiene vista predominante de todo el pueblo y del camino de ingreso. Son los únicos dos habitantes permanentes del pueblo. Don Leandro es cuidador y fabriquero de la Iglesia y está a cargo de sus llaves.

Pero la historia del poblado de Conchi es larga y muchos sus protagonistas.

La historia de Conchi Viejo



No hay informaciones sobre el origen del nombre del pueblo colonial de Conchi. Está consagrado a San Antonio y había una imagen de ese santo en la iglesia. San Antonio es el patrono de los llameros y arrieros, lo que hace referencia a una de las actividades históricas de los habitantes, desde el pasado indígena. Durante el período colonial, Atacama pertenecía al corregimiento dependiente de la Audiencia de Charcas, ubicado en Bolivia. El territorio estaba dividido en Atacama la Alta, con capital en San Pedro de Atacama y Atacama la Baja, con capital en San Francisco de Chiuchiu.

En el territorio de la Corona española en América se realizaban, a partir del siglo XVIII, censos de población y de actividades económicas que nos sirven como importante fuente histórica para conocer la vida de esa época. Estos censos eran llamados las Revisitas.

Dentro de Atacama la Baja, Conchi Viejo figuró como Asiento Minero desde la Revisita de 1752 hasta la de 1804, con información que se mantuvo bastante estable en esos casi cincuenta años. La producción minera de esa época estaba asociada al desarrollo de la minería de la plata en Potosí, como se explicó en un capítulo anterior.

Las Revisitas eran convocadas por el Corregidor en San Francisco de Chiuchiu y en ellas se llamaba a todos los mineros y encomenderos de la región. En 1752 la actividad minera estaba concentrada en Santa Bárbara, antigua estancia ubicada a orillas del río Loa y en manos de Dionisio Salvatierra, español, quien declaró estar en posesión de la mina desde hacía 23 años. Entre sus trabajadores destacaba a Juan Haimani, "indio de Huatacondo", "ovejero", casado con Rosa Machaca y con cinco hijos, siendo ésta la primera referencia oficial al apellido Aymani en la zona. Era una familia de forasteros que venían de quebradas ubicadas en la región de Tarapacá a tres días de viaje a pie y que se encontraban trabajando a la sazón en la minería de Atacama.

En 1753 se emitió un Informe al Real Gabinete solicitado por la corona española para conocer mejor las actividades económicas y características naturales de sus colonias. El Corregidor hizo referencia a la Mina Nuestra Señora del Carmen ubicada en Conchi y de propiedad de José Rodrigo Galleguillos y que había sido trabajada por Salvatierra y Barbosa, los españoles ubicados por entonces en Santa Bárbara.



► Casas del pueblo de Conchi Viejo.



A partir de 1777, el Mineral de Conchi figuró como asiento principal en el censo realizado por la corona española. La actividad se había extendido y había gente viviendo de manera permanente en el lugar. Los Salvatierra, Barbosa, Carrazana, Holabe (Tolabe) comparecieron ante las autoridades. Figuraron aquí también los Aimani como indígenas forasteros tributarios en Conchi. Un total de 56 habitantes, que muestran la consolidación de la ocupación humana en el lugar. Así ocurrió también con las revisitas de 1787 y de 1792, en la que la población indígena de Conchi llegó a 74 habitantes, siendo, después de Chiuchiu, el poblado más importante de Atacama la Baja. Es en esta revisita también donde figuraron por primera vez personas con el apellido Apaza, el mismo que la madre de don Leandro, cuyo origen no es especificado.

En 1879, siendo territorio boliviano, Conchi Viejo vivió las vicisitudes de la Guerra del Pacífico. Una avanzada del ejército chileno se acercaba al pueblo y el fabriquero de la Iglesia decidió poner a buen recaudo la imagen de la Virgen, llevándosela a Cherejara. Una de las tías de don Leandro, doña Petronila Aymani, vivía en una majada cercana al pueblo y le tocó ver a los soldados chilenos y guiarlos en busca de agua y ganado. La imagen se salvó, pero el archivo de la Iglesia fue quemado, perdiéndose así valiosa información de nacimientos y bautismos del siglo XIX.

Lentamente, la población indígena avanzó en su proceso de mestizaje, tanto biológico como cultural, llegando al punto de que muchos de ellos no necesariamente se reconocen como herederos de la rica tradición indígena y se refieren a ella como *“los primitivos”*, los *“antiguos”*, siempre con una connotación de otro distinto a ellos mismos. El mismo don Leandro hace esa distinción de origen al hablar del pasado y de su propia familia.

Luego, fueron apareciendo nuevas familias y nuevos habitantes en el sector. Familias mestizas, algunas provenientes de Bolivia o del sur, los Galleguillos, Bautista, Mondaca, familias que como los Centella han sido protagonistas de la historia de este lugar. En 1999 don Leandro nos contaba:

“Hasta los Centella habían parado aquí (en el sitio de Ichunito). Andaban pastando cabras, ovejas. Todavía quedan algunos en Calama, pero ya se murió la viejita, doña Zoila. Eran vivientes de acá. Ahora va quedando el último que sabe algo, don Ismael, pero ya está muy anciano. Ese se crió aquí en El Abra, en Conchi, por eso sabe los nombres, desde su abuela. Es la herencia de los nombres, eso me interesa saber. Ismael, el único que está quedando vivo de los antiguos, ese sabe los nombres del alrededor de Conchi Viejo, todos esos morritos y quebraditas tenían nombre”.

Por las características geográficas del sector, es difícil suponer que se haya desarrollado una actividad agrícola suficiente como para el mantenimiento de toda la población, por lo que el aprovisionamiento se desarrollaba a través del comercio, el intercambio o la integración de actividades económicas que los grupos indígenas de esta zona del mundo andino desarrollaron desde mucho tiempo atrás. En este período de nueva ocupación o de

ocupación moderna de Conchi, la actividad del pueblo quedó en manos de un grupo de familias que se repiten constantemente en los registros coloniales.

La identidad de los habitantes coloniales de Conchi estaba directamente asociada a la actividad minera que se desarrolla en el sector. Junto con ella, la arriería ocupó un lugar importante en la vida del asentamiento. Sin embargo, con el inicio del período republicano y la independencia, la tenencia de las minas cambió rápidamente de manos y la población local se vio desplazada por nuevos dueños que le dieron una mayor industrialización a la explotación de los minerales.

En ese modelo de integración de actividades económicas, se combinaba la minería con el comercio, la arriería y la agricultura. Desde Conchi, las distintas familias salían a pastar con sus animales a las quebradas donde había un poco más de vegetación y agua y habitaban por períodos en las estancias ubicadas en esos lugares.

“Por acá, por todo esto, aquí en la ciénaga hay estancias, parajes. Pastaban por todo esto porque este cerro es muy pastoso”.

El territorio estaba dividido con monolitos de piedra, que hasta el día de hoy se pueden observar en todos los alrededores. Marcaban deslindes de pertenencias mineras y de quebradas para los animales. El territorio se ocupaba *“en general, pero con pertenencias. Hasta por acá deslinda Conchi, de aquí para abajo creo que es el deslinde a Santa Cruz y de ahí hasta Taira. Y de aquí para arriba estas divisiones eran de los Mondaca y de los Bautista... pero si el otro quería venir, entraba no más, le consultaba al que hacía más cabeza del mando, porque en esos años había alcalde, había corregidor, viendo que no haya peleas...”*

Pareciera ser que el destino de este rincón del desierto era ser habitado de manera precaria y temporal. Después de momentos de auge, venían etapas de olvido y abandono. Al igual que en el caso de las explotaciones mineras, el pueblo de Conchi también fue ocupado y desocupado a través de los siglos. Durante el siglo XX, los habitantes originarios de Conchi abandonaron el pueblo paulatinamente, y ocasionalmente algún lugareño o afuerino se instalaba, como fue el caso de los alemanes que llegaron en 1931 para instalar un criadero de chinchillas y comercializar sus pieles. Los alemanes se convirtieron, en palabras de don Leandro, en los reyes del lugar, compraron casas y propiedades, construyeron sus propias viviendas usando las piedras de las antiguas construcciones del poblado abandonado, y ahí hicieron sus experimentos y actividades. Hasta 1969, el criadero funcionó y llegaron a tener más de 800 animales, pero luego fue abandonado y sus terrenos pasaron otra vez a manos fiscales. Así, más temprano que tarde, el lugar volvía a quedar solo. A partir de entonces, sólo quedó un cuidador de la Mina Anita, Manuel López.



► Virgen del Carmen, Patrona de Conchi Viejo.
Fotografía gentileza de Ali Astete



CON FE Y DEVOCION
A LA MILAGROSA VIRGEN
DEL CARMEN DE CONCHI
BAILE CHUNCHO
HERMANOS MAMANI
CONCHI VIEJO 16. VII. 1955

Vivir en la soledad de Conchi Viejo



El principal ruido que se puede escuchar en el pueblo de Conchi es el de los vehículos que pasan por el camino minero que lleva a las faenas de la SCM El Abra, ubicadas a algunos kilómetros al interior de las sierras montañosas que quedan a las espaldas del pueblo. Eso, y los ladridos de los perros de don Leandro y doña Matiasa cuando alguien llega al lugar. Ocasionalmente gente de la comunidad o de la minera aparecen por el pueblo.

Desde su casa, ubicada en una de las laderas de la quebrada en que se ubica el pueblo y a través de los años, don Leandro fue observando la instalación de la Sociedad Contractual Minera El Abra y la llegada de la gran minería al sector. Se construyó el campamento, los caminos, la huincha transportadora, la máquina chancadora. Vio pasar las partes de los gigantescos camiones montadas en otros camiones que lentamente las subían hacia el sector de la excavación, escuchó las explosiones para abrir el rajo de la mina. Observó el ir y venir de vehículos durante el día y la noche y supuso que algo grande estaba pasando al interior de lo que habían sido sus terruños por 20 años.

Instalado en el pueblo solitario, quedó literalmente a la vera del camino de modernización de la actividad minera que avanzaba a pasos agigantados. Comparado con todo lo visto en el pasado, con todo lo oído, con todo lo conocido, esto era algo mucho más grande.

Tarde o temprano, alguien venía a buscarlo para pedirle algún tipo de ayuda. Los profesionales de la Minera se corrían la voz unos a otros diciendo que había un señor en el pueblo que conocía los lugares como la palma de su mano y que podía dar buenas referencias de caminos, nombres e historias. Así, topógrafos, geólogos e ingenieros recurrieron a él en busca de conocimientos para desplazarse por esos lugares que para él resultaban tan conocidos después de años de idas y venidas.

También quedó dentro de sus funciones el cuidado de las llaves de la Iglesia de Conchi. De estilo colonial y construida hacia 1840, la Iglesia tiene imágenes de la Virgen del Carmen, San Antonio y San Juan. Según lo que recuerda don Leandro, la imagen de la Virgen la trajeron del Perú y algunas de las vigas del techo están hechas con quiscos que trajeron de Quillagua.

A los pocos meses de estar instalado en Conchi, supo sorprendentemente que su hermano Pedro se había enfermado de gravedad debiendo ser trasladado hasta Calama y que su hermana Matiasa había quedado sola en Arcas y que luego, apurada por el hambre y la necesidad, se había ido hacia Lequena saliendo de Arcas con los pocos animales que le quedaban, ante la imposibilidad de hacerse cargo ella sola de toda la estancia familiar. Doña Matiasa sabía de la experiencia de su primo Gregorio Aymani. Gregorio tenía un carácter muy parecido al de ella, no quería encontrarse con ningún otro ser humano y también había vivido solitariamente en una estancia ubicada un poco más al norte. Nunca se supo qué le pasó, pero sus huesos fueron encontrados al aire libre en plena pampa, sin poderse explicar nunca la causa de su muerte. Había muerto solo, abandonado, probablemente de hambre. Ella no quería terminar así, y con dolor y temor abandonó su tierra, de donde no había salido casi nunca antes, ni siquiera para el funeral de su madre o de su padre. En la lejanía de Arcas, ella ni se enteró del fallecimiento de sus progenitores.

Durante casi doce años, Pedro y Matiasa habían sido los únicos habitantes de Chitigua. Producían trigo, habas, zanahorias, cebollas y papas en el huerto que estaba a cargo de su hermano mayor. Matiasa estaba a cargo del pastoreo de los animales, y cuando había buen pasto podía pasar muchos días en las distintas estancias que tenían en los alrededores de la casa principal. Cuando estaban juntos, ella se preocupaba de cocinar. Cada cierto tiempo, Pedro salía con su burro a intercambiar algunos productos o a buscar mercadería donde Leandro, que en ocasiones aparecía por allá en su auto. Ella sabía que ese lugar era único y ahora, sola, emprendió viaje a Lequena, viaje que con animales toma dos días y llegó hasta la casa del cuidador de la tubería de agua que hay en ese lugar.

“Mi hermana se quedó sola allá donde vivíamos, al norte. Vivía con otro hermano después que se murieron mi padre y mi madre, vivían los dos solos allá. Pero cuando se enfermó mi hermano y hubo que llevarlo de emergencia a Calama, ahí mi hermana quedó sola y no halló que hacer, tiró para Lequena y ahí la encontró un sobrino y ahí me llamaron a mí. Y ahí se quedó viviendo aquí”.

Matiasa se quedó en Conchi un poco a regañadientes. Al salir de Chitigua no sabía muy bien qué quería hacer, pero este pueblo donde estaba su hermano, tan cercano a la gente y a la civilización, le resultaba poco atractivo y quizás un poco amenazante. Pero tampoco podía quedarse en Lequena, ya que los vínculos familiares se habían debilitado con el tiempo. Durante algunos años, Matiasa le enviaba a su prima Clemencia, que vivía en ese lugar, calcetines y guantes de lana que ella tejía a cambio de azúcar, harina u otros productos. Pero Clemencia finalmente le mandó decir que no tenía para andar compartiendo con ella. La precariedad de la situación económica de sus tíos y primos y el paulatino distanciamiento familiar hacía imposible compartir lo poco que tenían con ella. Así es que terminó en Conchi Viejo, pero añorando siempre su tierra, el silencio, el pastoreo.



► Doña Matiasa Aymani en su casa en Chonchi Viejo.



► Pueblo de Conchi Viejo.

Su hermano Pedro, el que estuvo enfermo, se quedó en Calama. Se recuperó y finalmente, terminó viviendo en una sede del Hogar de Cristo, de donde sale a caminar durante el día para volver ahí en las noches a dormir, en ese extraño cambio que significa pasar de la soledad extrema de un lugar como Chitigua en la quebrada de Arcas a vivir en una ciudad moderna como Calama. Mientras tanto, la casa paterna quedó sola, pero no olvidada.

Cuando su hermana llegó a Conchi, se vivió una situación similar a la que había vivido don Leandro décadas atrás. Matiasa no existía para el Estado chileno: sin inscripción en el Registro Civil, sin certificado de nacimiento, había vivido durante décadas de manera anónima en la lejana Quebrada de Arcas. Don Leandro lo recuerda diciendo

“no ve que esta si no tenía ni un papeleo, si no teníamos certificado de nacimiento, ni registrado en el civil, nada, nada...”.

El único papel oficial era la partida de bautismo de Matiasa, que su madre guardó gracias al padrino alemán que estuvo presente en Conchi cuando fue bautizada. Por error del padrino o del cura, en la partida figura como Matiasa Aymani Pasesa en vez de Apaza. Don Leandro nos aclaró que el apellido era Apaza y que se debía a un error y nos contó que *“no sé en qué documento fue que a mí me pusieron “Apata” en vez de Apaza... pobre soy –le dije yo- pero no ando a pata...”*

De esas experiencias de casi cincuenta años de su vida heredó Matiasa un rechazo al contacto con las personas que vienen a visitar el pueblo, sean miembros de la comunidad o afuerinos. Prefiere estar en la pampa con sus animales. Y también guardó su nostalgia por volver a su casa, a la tierra en Arcas donde había pasado casi toda su existencia, en una tranquilidad y aislamiento únicos. Para ella, Conchi es demasiado bullicioso y la gente, excesiva.

“Para mi hermana entre más silencio mejor. Yo como he estado ya tantos años con roce con gente, con todo, en El Abra, yo ya me adapto a todo. Mi hermana no. Se encuentra incómoda con la gente que no le cae bien, prefiere irse al cerro donde no se escuche ni el canto de un gallo. Por ahí está feliz ella, mucho más feliz. Esa es la vida que ha tenido ella, ya no se adapta mucho al roce con gente, un rato comparte bien, pero luego se va al desierto”

La relación entre ellos es especial, ya que saben que sólo se tienen el uno al otro. Con el resto de sus hermanos, Pedro y Dionisio, casi no tienen contacto. Por lo mismo, don Leandro se preocupa especialmente de que su hermana esté bien y se sienta a gusto en Conchi. Dice don Leandro que *“tampoco le tengo cuenta porque dirá que le estoy tomando cuenta o como queriéndola obligar. Yo todo saco mis conceptos de que puede caerle mal. Así que no, lo que no quiero que haga no le digo nada mejor porque puede ofenderse... eso creo yo que eso es más compartimiento en vivir. Ahora, si yo sé que ya no está pudiendo (hacer algo), no le voy a decir –tenís que poder- si son cuántos años menor*

que mí. No va en la edad, va en la incapacidad, la resistencia del cuerpo.”

Mi hermana se vino por razón de la enfermedad de mi otro hermano (Pedro) y por eso se vino donde mí, porque no teníamos más para donde cortar. ¿Y qué iba a hacer? La necesidad, la obligación de la necesidad la trajo, entonces aquí vivimos. Por eso a mí me dicen siempre –toma pan o cualquier cosa para que coman con su hermana- entonces yo les digo –bueno y ¿qué quieren que yo coma solo?- Si la cosa aquí es medio pan y se parte la mitad para cada uno... de repente a mi hermana le doy las más bebidas, todo porque pasta y anda todos los días en el cerro y usa cuando hace calor o no haga calor, usa bebidas todo el tiempo. Y cuando no hay, prepara jugo porque el jugo no falta, porque ese como es en polvo, se mantiene”.

Don Leandro se levanta temprano todos los días, a eso de las seis de la mañana. Se acuesta a eso de las once de la noche. Después que oscurece calientan o preparan la comida. Viven sencillamente de lo que reciben de la comunidad indígena, de El Abra y de amistades y familiares que se preocupan de mantenerlos en buenas condiciones.

En este lugar han replicado el modo de vida aprendido desde pequeños y que sus padres heredaron de sus antepasados. Una vida que sigue atenta el ritmo de la naturaleza, que observa con precisión los vaivenes del clima, de la lluvia, de la disponibilidad de agua y de pasto.

La vida cotidiana transcurre en la tranquilidad de su casa actual ubicada en la parte alta de Conchi. En general, durante la semana están ellos dos solos y en los fines de semana llega de visita alguna familia de la comunidad indígena que vive en Calama.





Esa antigua tradición del pastoreo



A media mañana, después de haber cocinado y almorzado, la pastora levanta a sus perros que flojean a la sombra de una piedra o de un muro y se acerca a la puerta del corral. Las cabras y ovejas se agitan ante la llegada de doña Matiasa y se preparan para salir a pastar. La puerta se abre y la tropa de animales se aleja, dominada por los perros pastores que conocen su oficio y ladran para mantener el piño ordenado. Se dispersan en el fondo de las quebradas y remolean entre los raquíticos arbustos algún brote verde. Tal como lo hicieron durante buena parte de sus vidas, don Leandro y doña Matiasa tienen sus animales y salen a pastorear. Es principalmente Matiasa la que se dedica a pastorear el piño de cabras y ovejas que les queda. Sale casi todos los días en busca del esquivo forraje que merma producto de la falta de lluvias. Han sido años muy secos *“ya no llueve nada. Creo que en toda parte aquí en Chile está la sequía. Antes teníamos vacunos acá y toda la movilización era en animales. Mi padre contaba, no sé cuándo sería, que salieron las carretas y ahí todo está ya más modernizado”* - recuerda don Leandro.

En las tardes vuelve a la casa y cruza el camino principal que lleva a la mina. Dice don Leandro que *“ya todos los choferes saben que a esa hora, en esa parte, pasan lento”* porque la señora Matiasa vuelve con las cabras. En ocasiones, la noche la encuentra lejos de la casa todavía y debe caminar en la oscuridad hasta llegar al pueblo.

En general es ella la que sale a pastar porque prefiere no quedarse en el pueblo y tener que tratar con otras personas. Las relaciones públicas están en manos de don Leandro.

“Yo también quiero ir a pastar, si yo también me crié pastando, pero no quiere. Que mejor me quede yo no más, porque cree que va a llegar gente y tenga que dar alguna razón, por eso no quiere. No la obligo yo tampoco, por eso me encuentran siempre a mí. De repente me preguntan, bueno y usted ¿no sale nunca? Si salgo a veces, pero poco. La verdad es que mi hermana no quiere quedarse aquí, ella prefiere ir al cerro donde nadie la vea”.

Pese a eso, doña Matiasa reconoce que Leandro es el experto en el tema al decir que *“de pastoreo sabemos igual tanto yo un poco y éste (don Leandro) sabe más todavía. Se crió de chico pasteando, yo no. Yo ahora último cuando se fueron éstos recién empecé a pastear, porque no nos dejaban salir nunca al campo”*. Las mujeres en Chitigua tenían

que quedarse en la casa, y sólo la muerte de sus padres la obligó a hacerse cargo del cuidado de la tropa de animales que les quedaban.

“El pastoreo se pone harto crítico para el campesino en estos años de sequía, y antes, según los escombros y demostraciones que se ven ha habido muchas aguas”.

Asociadas a esas aguas siempre hay restos de vida, históricos y prehistóricos.

“Cerca de Mina María en la quebrada de Cucuhuai, por esta quebrada de Conchi para arriba, es que llamaban “agua de la plata”, encontré un día andando un camino. Y seguí ese camino y llegué a dónde había una majada y unos corrales. Pero vayan a creer de a dónde sacaba agua esa gente, nadie me va a creer, pero las demostraciones de los parajes están ahí. Ha habido agua, pero quién sabe cuándo”.

El agua falta y don Leandro lo nota en el cambio del clima, en las temperaturas más extremas, en la falta de lluvia, en las vertientes que van mermando, en el pasto que desaparece, en los fríos más intensos, en los calores más agobiantes. Junto con el agua, es toda una forma de vida la que se va extinguiendo. Muy pocos habitantes de los caseríos del Alto Loa siguen practicando el pastoreo de animales, ya que la mayoría se ha ido trasladando a Calama para integrarse a nuevas actividades económicas o para tener mejores oportunidades de estudio para los hijos. Así la mayoría de los pueblos como Conchi Viejo han ido quedando abandonados de habitantes permanentes, salvo personas mayores que no han querido alejarse de sus lugares tradicionales.

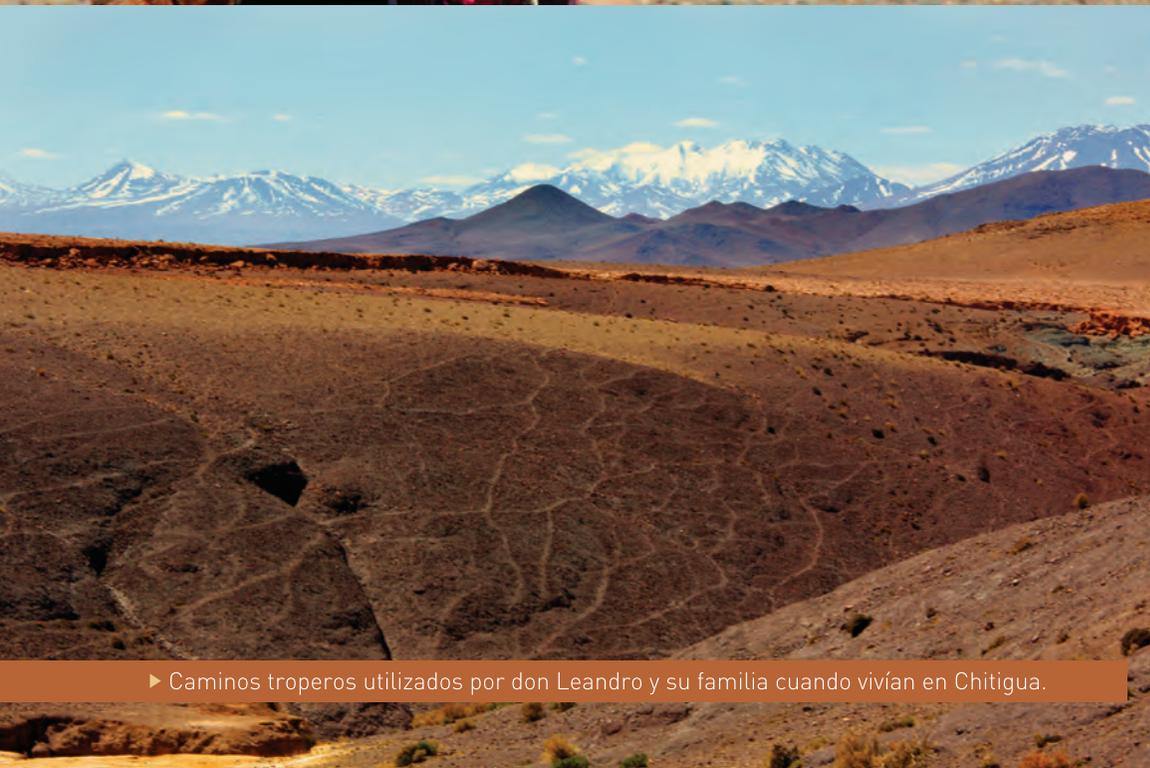
En su casa en Conchi tienen un corral hecho de material ligero, no con pircas de piedra. Ahí mantienen separadas a las ovejas de las cabras (“son rivales”, nos explicó don Leandro). Además hay un chiquero para las crías pequeñas. Explica que en ocasiones salen unas crías que no quieren amamantar y hay que darles la leche en mamadera. Se les llama “soberbios”. Para el pastoreo ocupan dos estancias que tienen a cierta distancia del pueblo. Dependiendo de la época del año, la señora Matiasa se queda a alojar en alguna de ellas por algunos días.

Al elegir un lugar para ubicar una estancia más permanente, es decir, en la que se construye un pequeño corral y una casita para el pastor, es fundamental la disponibilidad de agua, al igual que lo fue para los habitantes antiguos del sector. Los animales pueden moverse en busca de pasto y agua, pero debe haber líquido disponible para el ser humano. Dice don Leandro que el agua debe estar *“bien cerca para potable, sobre todo para uno, para el pastor. Porque para los animales puede haber otra más lejos, entonces los animales en el día alcanzan (a ir y volver en busca de agua)”*.

Cuando no está disponible, hay que llevar el agua. Antiguamente, ocupaban tarros de lata, ahora ocupan botellas plásticas. Cuando doña Matiasa se queda en las estancias por algunos días, don Leandro se preocupa de llevarle agua potable en su vehículo, y así ella puede quedarse por más tiempo. La estancia tiene una pequeña casa y



► Doña Matiasa, la pastora, yendo en busca del “verde” para sus animales.



► Caminos troperos utilizados por don Leandro y su familia cuando vivían en Chitigua.



► Don Leandro todavía utiliza la honda con gran experticia para arrear a sus animales.



► Mientras pastorea doña matiasa aprovecha de hilar la lana. Que luego utiliza para hacer calcetines, mantas u otras prendas.

un corral de piedra y desde ahí sale todo el día a pastar, volviendo al anochecer. Sin embargo, en las estancias no siempre hay un lugar cómodo donde quedarse. Don Leandro dice que *“hay estancias que no tienen corral, que no tienen muro ni tampoco casucha sombría para uno. A veces son estancias a toda pampa. Al imperio, esa se llama una estancia sin nada. Hemos vivido así años, a todo imperio. Ahí hay que cuidar las comidas, todo lo que se hace así, taparlas con cuero para que no se caldeen al sol”*.

Este tipo de ocupaciones se hacía en lugares que tenían poco pasto, por lo que no valía la pena levantar un corral de piedra o construir una vivienda o choza. Para dormir hay que sólo echarse al piso. Hasta el perro se ocupa de manta.

“En eso no hay problema – dice don Leandro – se acostó no más y listo y con el mismo cuerpo se trampea las tapas porque si no el viento fuerte las saca”. *“Más el perro también se echa encima de la cama” – dice doña Matiasa*. Y don Leandro agrega que *“cuando tiene un perro éste le pasa caloría”*.

En las estancias estaba la conchoana (una marmita u olla de cerámica o greda) que se apoyaba en las piedras, la cona (piedra para moler el maíz o el trigo) y la tacana, *“que es una piedra que lleva un hoyito como un plato adentro, como una fuente, ésa no hemos usado ya porque esa es de los primitivos (los indígenas)”*. La cona si la ocupaban para poder hacer harina. La cocina está al interior de la casa, un fuego, un par de piedras y algún fierro o metal para poder apoyar la olla.

Los corrales son de distinta forma, dependiendo del terreno en que se ubique. No tiene mayor significado si son redondos o cuadrados. Don Leandro tenía la habilidad de poder distinguir qué animales habían ocupado el corral según el tipo de guano que se encontrara, y por la cantidad de guano, podía comprender la cantidad de animales o el tiempo de ocupación.

El frío, la lluvia y el pasto marcan las etapas del año. La época más difícil es el invierno, los meses de junio y julio. Mucho frío y poco pasto. Incluso pueden caer nevadas ocasionales. Los meses del invierno boliviano también pueden ser complicados si cae mucha agua. Los animales se mojan y se enferman. Pero la lluvia es anuncio del pasto y forraje futuro. La época en que hay mejor pasto es marzo y abril.

“Ahí ya está madurando el pasto – dice don Leandro – ahí engordan los animales, no ve que el pasto está madurando. Éste es el mes que debe llover, febrero y marzo se crece el pasto y ya en abril por ahí ya verdean los campos”.

Si no hay suficiente pasto y los animales no engordan, el frío del invierno es una amenaza para su sobrevivencia. Lamentablemente, el pasto no puede guardarse, ya que son unas hierbitas muy pequeñas, como el yoyo, el casahue y el sabino. Algunos de estos pastos pueden durar de un año para otro verdes.

El desierto con sus pampas y quebradas es surcado por innumerables huellas de animales, caminos troperos, indicios de vida animal y de actividad humana. Muchos de estos caminos conectan estancias con los pueblos, lugares de faenas productivas, aguadas y vertientes o simplemente son testimonio del paso de animales silvestres. Don Leandro tiene una habilidad especial para “leer” estos caminos y orientarnos en nuestras búsquedas arqueológicas y en el esfuerzo por comprender la organización de la vida en estos lugares. Un día, estábamos en Mina María y le preguntamos por las huellas que se veían en el cerro y nos explicó que los caminos troperos llevan varias huellas juntas, separadas por corta distancia, porque la tropa de animales no va caminando en fila. Es un piño que se mueve al mismo tiempo, juntos, pero no en fila, guiados por el pastor. Para dejar huella definitiva como las que se ven en los alrededores de Conchi

“tienen que andar cientos de veces por la misma parte –explicó don Leandro- entonces el mismo animal ya va viendo donde va el caminito y busca la misma línea. Ese caminito aquel por ejemplo (dijo señalando un camino que salía del campamento minero) no es tropero porque no ve que es un solo caminito y entra parece que a pastar... y entra a tomar agua, parece que esa quebrada tenía agua... ese es de puro animal para entrar a tomar agua”.

Leyendo las huellas del desierto, que son al mismo tiempo sus propias huellas, las de sus pies, las de sus tropas de animales, de los animales de la familia, de su padre, de sus hermanos, don Leandro parecía volver al pasado en sus recuerdos. Una vida siguiendo las huellas troperas para llevar a los animales a distintos parajes en busca de alimento y agua. Huellas por las que pasaron los antiguos habitantes, los vivientes como les decía don Leandro, que resumía la historia de los caminos con una frase notable al decir que *“veníamos por un camino de los antiguos mismos, pero lo usábamos nosotros”*. Caminos que llevan al norte, al sur, al este y al oeste, *“si estas partes, analizándolas bien, tienen para todas partes caminos, senderos de tropa. Cuando mi padre era chico pasaban a Chuqui a venderse leña...”*

Caminos para ir y volver. Mientras recorríamos Veta María, don Leandro nos comentaba diciendo que *“por ahí eran los caminos troperos que iban a Mina María, del tiempo de los arrieros, y otros van por arriba, por los faldeos y de ahí ya pescan para Conchi Viejo. En esa parte todavía se notan, caminos grandes troperos para llevar material, otros para movilizarse de Conchi para acá, de aquí para Conchi, a pura arriería no más. Allá sale uno que todavía está invicto, a donde sale el camino para abajo, ese es camino tropero, no ve que tiene varias hilachas por lado donde los animales se abren...”*

Y de pronto es como si uno pudiera ver al propio Leandro Aymani saliendo a la pampa con sus animales, con su propia tropa, viniendo desde Chitigua hacia Conchi, trayendo los productos para el intercambio, a buscar la mercadería que cambiaría por quesos, carnes, tejidos, siguiendo las rutas del desierto, el camino principal de La Escalera, el paso por Abra del Justo, Cortadera o el camino de Cabrito que bajaba hasta el río, haciéndole el quite a las quebradas burlonas y a los malos pasos que marean a los caminantes y hacen que se pierdan.

Observando el mundo desde el silencio de Conchi Viejo



Pasa el tiempo para Leandro Aymani. Tiempo es lo que más sobra en el desierto donde todo se mide en eras geológicas. Al menos era así hasta antes de la llegada de la modernidad. La vida sigue un ritmo distinto en estos lugares y todo parece ser más lento y pausado. Viajar a cualquier parte eran días de trayecto, días de ida, días de vuelta, dedicados sólo a caminar por el desierto para unir dos puntos con presencia humana. El pastoreo, la agricultura, incluso la antigua minería, eran actividades que se realizaban en el contexto de los tiempos de la naturaleza y sus ritmos serenos, pero constantes. La vida, finalmente, se jugaba en el éxito de las actividades humanas y no había espacio para el error, ya que el error podía significar la muerte de los animales, el fracaso de la cosecha y luego el hambre y el riesgo de muerte para los hombres. Los hermanos Aymani viven en la bisagra de esas dos épocas: por un lado el vertiginoso mundo de la minería del cobre, por otro lado su mundo personal tradicional. Y en esa bisagra que une las dos realidades, ellos simplemente esperan lo que el tiempo traiga hacia delante.

Desde la terraza de su casa en Conchi Viejo, don Leandro recuerda todo lo vivido, desde los años en Chitigua hasta el presente en el pueblo abandonado. Con el paso del tiempo, se ha vuelto un privilegiado testigo de los cambios que ha vivido el mundo y la actividad minera, con la llegada de la tecnología y de los grandes capitales. Y mirando todos esos cambios, mantiene su ecuanimidad a la hora de juzgar lo vivido y lo visto,

“si al final, eso es lo que vale... bien dice en la Biblia que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que un rico se salve... así que mejor ser pobre, como le acompañe la suerte. Yo no ambicé ser millonario, porque sé qué no me va a servir de nada ya, al menos ahora ya no... Vivir no más”

Se vino al pueblo pensando en vivir del pastoreo de animales que se alimentarían de los pastos que crecerían con las lluvias habituales que nunca llegaron. Hoy le queda un pequeño piño de animales, herederos de los animales que criaron en Arcas y que se trajo su hermana cuando huyó del hambre y la muerte. Pero Leandro Aymani no se queja, *“no he pasado hambre, en realidad el alimento no me ha faltado, para eso en la fiesta, en Julio, me dejan todo lo que les sobra e incluso traen demás porque saben que estoy aquí y ahí me quedan bastantes víveres... no*

me falta para poder vivir... también me dan una platita en esa época para encargar o para suplir... me alcanza con eso, siempre y cuando no tenga que invertir gran cantidad de dinero... nunca falta la gente de buena voluntad que trae algo... si falta algo que no es tan necesario, se reemplaza por otra..."

Su costumbre de contemplar la vida desde las categorías conocidas se mantuvo intacta. En una conversación le preguntamos por un espacio del pueblo que se encuentra al otro lado del camino actual a la Mina y que parecía tener terrazas de cultivo.

"Ahí se sembraba –respondió don Leandro. Eso no es antiguo, lo sembraba ese tal Velásquez, y ese es él que puso aquel pimiento que está entremedio de las casas, el más grande. Y un tal Antonio Galleguillos carboné a Ramírez para que le metiera pleito, porque él le dio esas tierras y no le pagaba nada. Y Ramírez, que era del sur, le metió pleito y lo corrió a Velásquez, porque el otro sembraba no más, no tenía pertenencia ni nada. Esto es mío –le dijo Ramírez- y usted se manda cambiar. Y es que tenía plantas ahí Velásquez, boliviano creo que era. Las arrancó y se fue el viejo resentido también".

Los lugares se miden por su posibilidad de cultivo, su disponibilidad de agua. El hombre aparece siempre en referencia al uso de los recursos naturales. Y la vida circula en torno a la disputa por esos recursos escasos y precarios, por etapas de cooperación entre las personas y otras de conflicto. La falta de agua hizo imposible mantener algún otro cultivo aparte de los pocos árboles frutales que existen en el pueblo y algunas hortalizas plantadas cerca de su casa.

Cuando lo escuchábamos hablar, nos sorprendía su capacidad para clasificar las épocas y darles nombres característicos, como la época de los ingleses, el tiempo de la gente, el tiempo de los arrieros, la época de los antiguos o de los vivientes mismos. En cada una de esas etapas, don Leandro hacía referencia a lo central o a lo más importante para denominarla y así hacernos entender cómo habían ido cambiando las condiciones de vida en la medida que el tiempo iba avanzando. Y de cada una de esas etapas hacía referencia al recorrer San José del Abra, Conchi y sus alrededores, identificando las diferentes ocupaciones con alguna de esas etapas, asociándolas a alguna actividad, a personas y a anécdotas.

De sus años a la intemperie, a "todo imperio" como solía decir, guardó una capacidad de observación del entorno absolutamente notable y cuando salíamos a caminar o a recorrer lugares, permanecía siempre atento a lo que ocurría alrededor. Desde los pequeños detalles del paisaje que le permitían presagiar la aparición de un guanaco sobre una loma, como cuando fuimos a conocer el cementerio de Mina María y antes de que llegáramos nos anunció que íbamos a ver un animal sobre una de las lomas de los cerros que rodeaban el lugar y así fue; u observar atentamente si el chofer de la camioneta y entrevistador era capaz de ubicarse mientras íbamos en busca de pajas bravas para repajar el techo de una parte de su casa en Conchi. Así, se mantiene atento hasta el día de hoy para entender que es lo que va ocurriendo con el mundo que él habita.



► Fiesta de La Virgen del Carmen, Conchi Viejo.
Fotografía gentileza de Ali Astete

Y cuando nosotros pensábamos que estábamos hablando con una persona que en realidad no estaba mayormente conectado con la modernidad, nos sorprendía con comentarios sobre el Nintendo o con la confesión de su secreto deseo de haber tenido una cámara filmadora o fotográfica para haber podido grabar y registrar alguna de las cosas que le tocó ver *“como habría querido yo tener una, que haiga habido una cámara fotográfica esos años (en Chitigua), habría visto como nos criamos, con puras sandalias, el zapato no se conocía, ¿de adonde! No ve que allá en el desierto son casi como cerca de 100 kilómetros, más encima mirando para el lado de Quillagua... una quebrada que no se ve más que el cielo... ¿quién iba a llegar en esos años?”*

O las historias con su vieja camioneta que mantiene estacionada en la parte alta de su propiedad en Conchi y que todavía usa para algunos desplazamientos hacia las estancias. Con su sentido del humor tan especial, nos contó que la primera vez que se compró un auto, no tenía idea de cómo usarlo y no logró hacerlo partir porque los viejos egoístas que se lo vendieron no quisieron enseñarle, así es que tuvo que venderlo y luego compró otro y siguió sin entender para que era esa cuestión del embrague, si total el auto se trataba de acelerar y frenar nada más. Quería tener un vehículo con tracción a las cuatro ruedas para poder llegar hasta la casa paterna, en la época en que todavía no había camino, sino que había que adentrarse por el puro territorio salvaje.

Al mismo tiempo, tiene su visión sobre los cambios culturales y ambientales que se han producido con el tiempo y mira con cierto escepticismo las afirmaciones que se hacen sobre la situación de animales y plantas. Refiriéndose a la supuesta extinción del Guanaco, don Leandro nos comentó que *“eso no me van a contar a mí, porque yo me crié en la cordillera y ahora salen que no se puede matar ni un guanaco porque está en extinción, porque se van a acabar. Yo por eso es que a un geólogo le decía – bueno ¿y por qué se van a acabar? – y él me contestó – porque no hay más – y yo le dije – aquí no hay porque no hay pasto. ¡Usted viera!, si lloviera aquí, que llegaran los guanacos”*.

La falta de agua, la sequía y el calor intenso de ciertos días aparecen como preocupaciones constantes. Cuando habla de las cabras, del pastoreo, del trabajo de su hermana Matiasa, estos temas siempre aparecen.

“No sí antes el calor era más normal. No ve que está rota la capa de ozono, ése es el descontrol que hay... está muy seca la tierra. Antes llovía todos los años. Aquí hace mucho tiempo que no llueve. Si cuando llueve verdean los cerros, unas matitas chiquitas pero tupidas. Y hay muchas flores rojas, amarillas y de otros colores encendidos. Pero ahora esta es una sequía a muerte. Habiendo pasto aparecen más animales, ñandúes, vizcachas, perdices, pájaros, ya se siente más bullicio de pájaros. Todos esos animales están perdidos porque no hay que comer. Al haber pasto, aparece el guanaco, cantidades de manadas de guanacos”.

Después de tantos años habitando estos lugares, es capaz de explicar con sencillez los fenómenos, dándonos a conocer las causas y consecuencias en correcto orden. Por ejemplo, al estar cerca de la frontera con Bolivia, la realidad del narcotráfico también está presente.

“Dicen que han encontrado a traficantes por ahí, acá no vienen, no tienen confianza así que no se dejan ver... no es cosa para decir una cosa buena. Hojas de Coca, eso yo digo que sirve porque eso lo utiliza uno para echar al fuego, para echar a los caminos. La cocaína, esa no, por joder no más, echa a perder a la gente. La hoja no, si esa la usaron desde los primitivos, y toda la gente de acá cuando yo era chico usaba toda la gente, para masticarlo, para echar al camino, o sea, para costumbre”.

Don Leandro siempre hace este contrapunto entre el pasado y el presente, entre las costumbres de los antiguos y el sin sentido de las costumbres actuales, lo que redundo en una desconexión importante con la tierra.

La comunidad de Conchi Viejo sigue viva, aunque sus miembros estén dispersos y muchos de ellos viviendo en Calama. Para don Leandro, la comunidad se ha modernizado, antes había mayor escasez de recursos. Piensa que es importante conservar las tradiciones, que los padres le enseñen a sus hijos sobre el lugar, sobre la importancia de conservar y respetar todo lo que tienen.

“Que se diga que es una comunidad de respeto, que siga la tradición antigua... sería muy bonito, que los niños se críen así... viviría muy feliz uno porque sabría que no va a haber ningún atropello, ningún insulto. Que los niños sigan la tradición como van viendo, que perdure”

Por eso, las fiestas religiosas siguen siendo momentos de encuentro en que el pueblo se llena y vuelve a cobrar vida. *“En junio sacan a todos los santos (de la iglesia) para acá, a ese altar que hay en la loma. En esa parte donde vea un limpiadito, ahí es que ponían a la Virgen para hacer la misa rogativa”.*

El 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, es el día principal en Conchi, al igual que el 24 de junio y las fiestas del Niño Dios, en diciembre y enero. Y para la fiesta de Todos los Santos vienen las familias a visitar a sus deudos y arreglar las tumbas del cementerio.

Así, en el encuentro de los ritmos de la naturaleza, del desierto, de la comunidad dispersa, de la minería moderna, del país, del mundo que lo rodea, don Leandro contempla todo desde el silencio de su terraza en el pueblo de Conchi Viejo.



► Doña Matiasa Aymani Apaza.

Epílogo



► Don Leandro y doña Matiasa en el huerto de Chitigua cuando volvieron a su hogar en el año 2008.

Después de recorrer durante casi quince años los distintos parajes del Alto Loa, intentando desentrañar el estilo de vida y la cultura de los habitantes del pasado, uno no deja de asombrarse ante las dificultades para la subsistencia que se encuentran y la magnificencia de los paisajes naturales. Una vez le preguntamos a don Leandro cuál era el secreto o la clave para poder vivir en este desierto, y él nos dijo que *“lo principal es ser adaptado a la cordillera, porque la televisión no se ve, no hay luz corriente... tiene que ser adaptado a la cordillera... uno mismo que se ha criado así no es tan difícil adaptarse. Pero uno que se ha criado en la ciudad, que se ha adaptado a la comodidad, a comer fresco... aquí no es tan fácil... para nosotros es lo mismo fresco que envejecido... así uno se supl. Uno tiene que ser acostumbrado a la soledad del desierto, ligerito se lo come la soledad al que está acostumbrado a estar con gente”*

En el año 2008 viajamos con don Leandro y doña Matiasa a Chitigua en la quebrada de Arcas, de regreso al lugar de la infancia y la juventud. Era un anhelo de ellos y un deseo nuestro poder visitar ese lugar del que habíamos escuchado tantos relatos y descripciones. Don Leandro nos había comentado alguna vez su preocupación porque Codelco había construido un camino que llevaba hasta Chitigua y que podría haber entrado gente y



► Diego Salazar, Diego Briones, doña Matiasa, don Leandro, don Juan (primo de don Leandro) y Diego Melero. Fotografía tomada el año 2008 en el camino que va desde Conchi Viejo a Chitigua.

sacado las cosas que tenían. Sin embargo, cuando llegamos, todo estaba tal cual lo dejó doña Matiasa cuando salió en busca de alimentos y ayuda después de que su hermano había sido transportado a Calama en malas condiciones de salud. Estaba la casa principal, la casa que construyó don Leandro, los corrales, las terrazas de cultivo, los árboles, la vertiente, los cachureos, los recuerdos familiares, la basura acumulada por décadas, las puertas juntas sin candado, ni llaves, ni cerraduras. Para ellos fue una peregrinación a la memoria de sus familiares y recuerdos del pasado. Para nosotros, otro recorrido por los misteriosos parajes del Alto Loa y la historia profunda de sus habitantes milenarios, recorrido que nos plantea una y otra vez la pregunta inevitable: ¿y cómo podían vivir aquí?

¿Cómo es cuando uno vuelve al lugar de su infancia? ¿Qué pasa dentro de uno cuando recorre la casa paterna, sus habitaciones, se reencuentra con sus cosas que quedaron más o menos tal como están hoy, pero treinta o cuarenta años atrás? ¿Cómo es reencontrarse con lo que se conoció y vivió después de tanto tiempo? ¿Cómo es volver después que se ha huido?

Recorrimos en silencio los distintos espacios, los lugares de cultivos secos por la falta de cuidado de la mano de sus dueños, los corrales, las viviendas. Don Leandro y doña Matiasa lo miraban todo, tocaban las piedras, comentaban sobre algunos objetos, reconocían sus pertenencias, sus árboles, recordaban las circunstancias en que fueron plantados, anécdotas relacionadas con su crecimiento. Nos contaban de la vida en Arcas. Todo tal cual como lo dejó Matiasa al salir casi muerta de hambre hace ya casi veinte años.

En un momento se asomaron por la ladera del cerro varias vicuñas. Una manada completa, con el macho, las hembras y sus crías. Extrañados de la presencia de seres humanos, miraron de lejos, listos para huir ante cualquier gesto amenazante. Parecían preguntarse quiénes éramos los afuerinos, sin saber que estaban ahí los dos hermanos Aymani, propietarios legítimos de ese rincón perdido del desierto del Alto Loa.

En el camino de regreso a Conchi, nos paramos en un pequeño paso entre cerros para tomarnos una foto. Fieles a su estilo, Matiasa y Leandro reconocieron de inmediato algunas plantas y comenzaron a recolectar para llevarlas a su casa. Chachacoma, buena para purificar el cuerpo y la sangre. Hasta nosotros trajimos algunas matas para tener disponibles en Santiago en caso de resfrío o gripe. Recordamos entonces las exposiciones sobre las plantas y sus propiedades medicinales que don Leandro nos había explicado en otros momentos.

“Y aquí abunda la copacopa –nos había dicho- esa es remedio, remedio para el estómago, dolor de cabeza, sahumario. El otro es bailahuén, es buena para el hielo. La otra es lejiá, también la usaban para remedio, dolores de hueso. Otra es taratara”.

Las plantas también tienen personalidad en el universo aprendido y desarrollado por don Leandro. Por ejemplo, la copacopa es la reina de las plantas según las tradiciones de los antiguos y por eso no se podía ocupar como leña.

Ante la pregunta de qué es el desierto para él, don Leandro nos entregó esta emotiva respuesta:

“Significa como ser de por acá, un placer de andar en mis tierras, de a donde fui chico, de a donde pasté los bienes de mi mamá, a donde me crié, un placer que me da ganas de venir a andar. No hay de que vivir por acá, venir a parar no, pero de andar... yo creo que igual a usted, por lo que no es vaqueano, me parece que le causa impresión también...”.
A la hora de pensar en el mundo que fue conociendo de lejos en Calama, don Leandro vuelve con una frase notable, diciendo que *“no es como en el desierto, que es una tranquilidad única. Para mí el silencio es la felicidad... eso es el desierto”.*

Así transcurrió la vida de Leandro Aymani hasta el presente, testigo y protagonista de lo que ha ocurrido en este pequeño rincón del desierto donde afloran vetas de cobre y según ellas se organiza la vida. Su propia experiencia es el empalme de tradiciones variadas que incluyen lo propiamente indígena, el mestizaje, las actividades económicas diversas, la experiencia de habitar el desierto, la llegada de la gran minería, el trabajo de los pirquineros. Don Leandro ha sido hijo, hermano, pastor, minero, cocinero, sereno, comerciante, guía y habitante de un pueblo olvidado.

Respondió en todos estos años a todas nuestras preguntas con una paciencia y una generosidad completa, con la idea clara de que estaba transmitiendo algo único, sabedor de que la experiencia de vida en estos lados no es comparable con la del resto del país.

“Si cada cual quiere saber también de cómo fue la experiencia de nosotros sobretudo, bueno para mí por lo demás yo sé que han sido de la ciudad, seguramente sus padres de buena situación, tuvieron sus estudios y después la carrera y el caso de nosotros no, entonces por eso muchos me han grabado, o sea me han filmado para la televisión, que diga como fue la vida, de la manera que vivíamos y para cualquiera es un caso único. Para allá para el sur, según lo que me han conversado, hay partes solas, campo, pero nunca tanto como el caso de nosotros, a pie de allá de Conchi Viejo hay que caminar dos días y bien pegado para poder llegar a la casa donde vivíamos. Hemos vivido absolutamente aislados, libres de conversaciones, de gente, pero de educación, como íbamos a saber lo que existía...”

Después de haber recorrido con él los distintos parajes que rodean al pueblo y de haber escuchado su sabiduría y experiencia, pensamos que don Leandro Aymani es habitante de ese lugar legendario llamado el Valle del Buen Tiempo, ya que su vocación principal ha sido hacer que la tierra entregue sus alimentos y recursos para la sobrevivencia del ser humano, pero con respeto por la armonía de todas las criaturas y con una admiración por todo lo que crece. El Buen Tiempo no es un lugar de abundancia, sino un arte de saber vivir con lo que el desierto puede proveer. Y en ese arte, Leandro Aymani es un maestro.

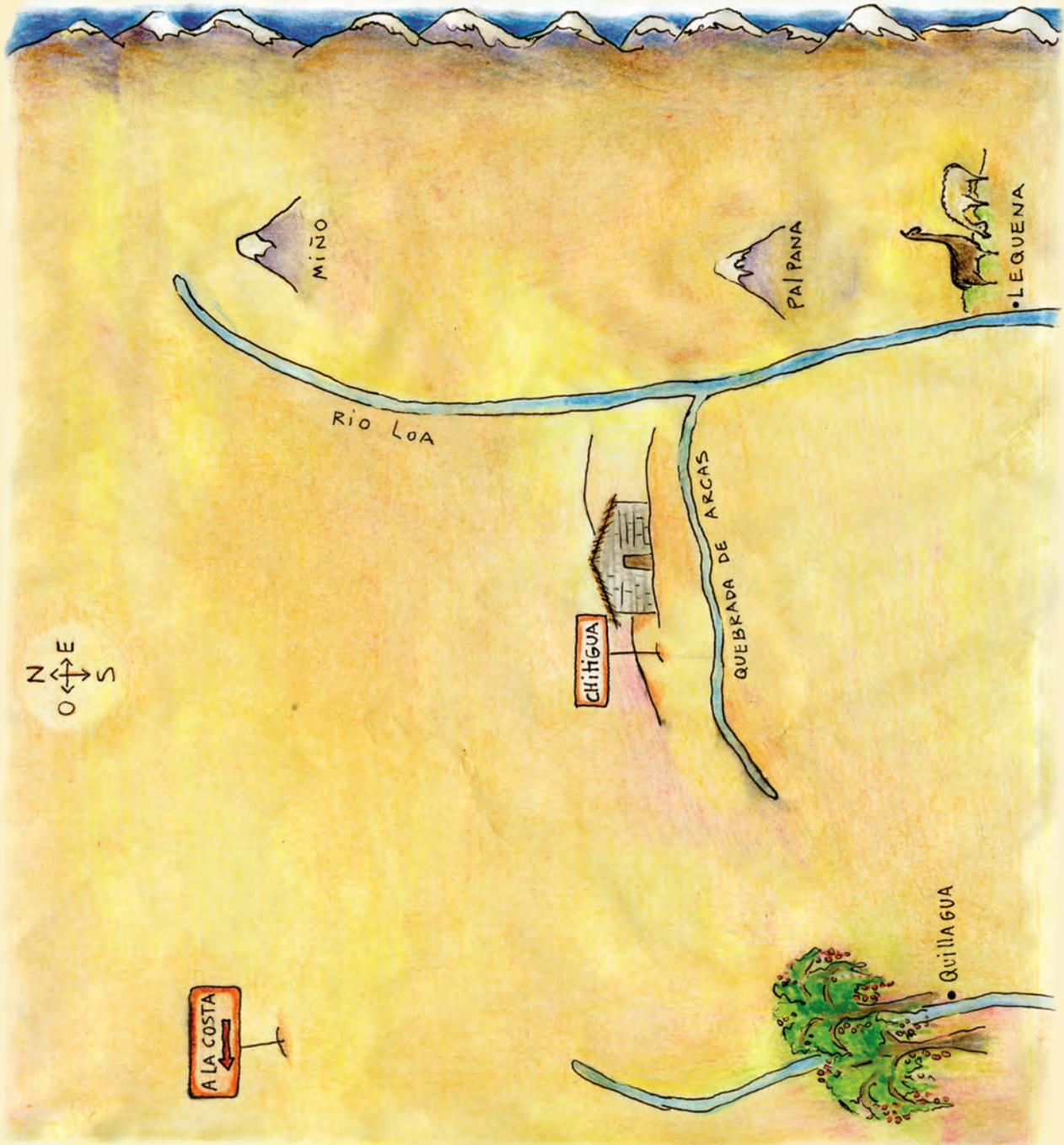


Anexos



Árbol genealógico





MIÑO

PALPANA

• LEGUENA

Rio Loa

QUEBRADA DE ARGAS

CHIFGUA

A LA COSTA

• QUILLAGUA

